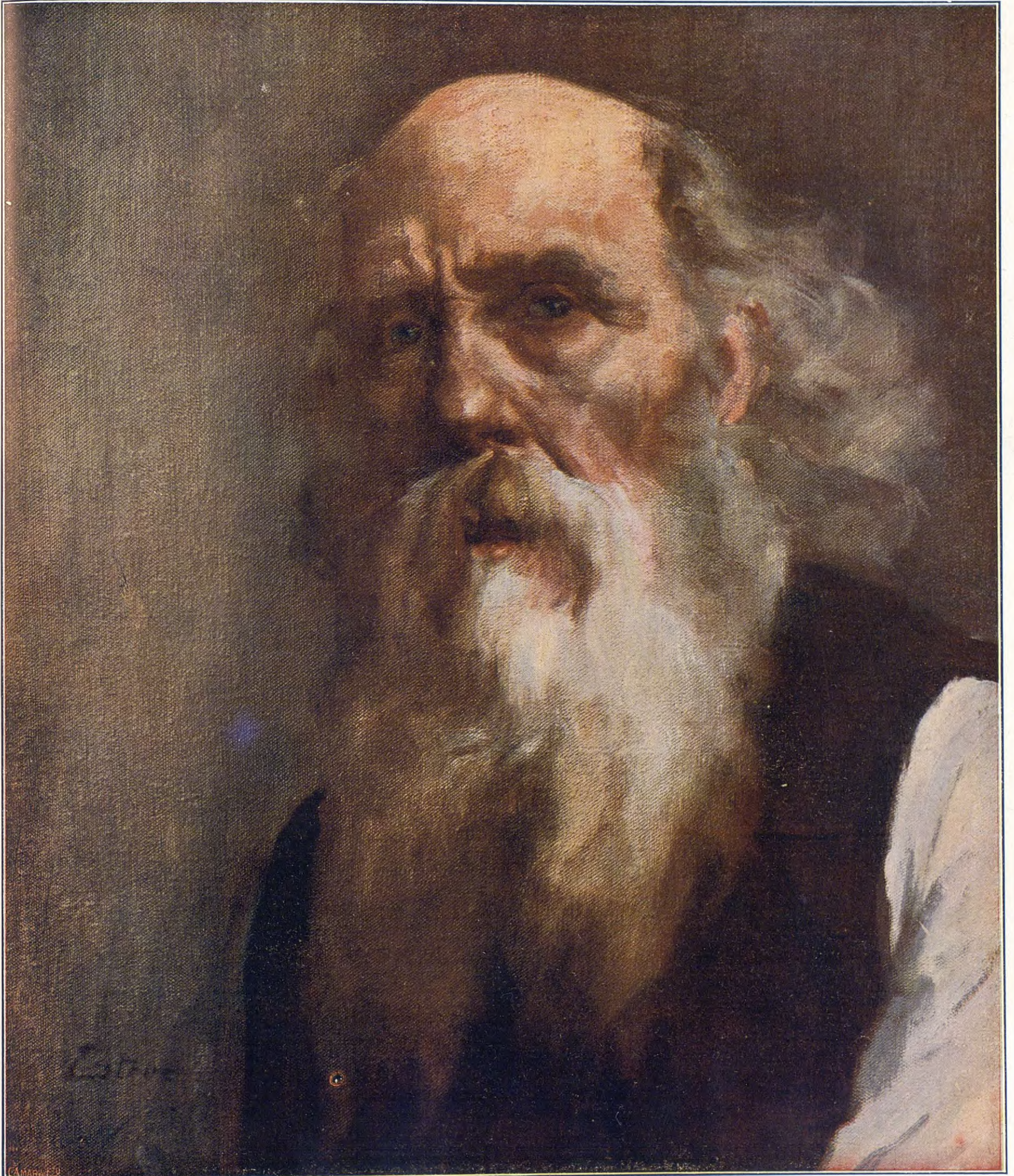


# La Esfera

29 Abril 1916

Año III.—Núm. 122

ILUSTRACION MUNDIAL



CABEZA DE ESTUDIO, por F. Esteve Botey

DE LA VIDA QUE PASA  
**LA MÁSCARA**

Esos es un hombre! Lo que hay detrás de esa cara de simio que aquí veis es el rostro de un hombre. Los más nobles pensamientos se albergan bajo ese capacete y de esos ojos que aparecen hundidos tras de los cristales puede brotar, sin que nadie lo vea, un rayo heroico ó una lágrima. Entre dos soldados que aguardan el ataque enemigo uno junto á otro, si el uno llora de emoción y el otro arde de coraje, hay ya una cosa que los nivela: la máscara. Antes había el deber, la ley, las ordenanzas, el uniforme. Ahora hay además esa careta. Un jornalero, un honrado burgués que dejó su tienda en manos de las mujeres, un poeta, un artista, un filósofo creador..., os desafío á que le adivinéis tal como viene hacia vosotros vestido ya y prevenido para el carnaval de la muerte. Todos son iguales para la acción de los gases mortíferos. Todos son iguales para las bombas, para la metralla y para la fosa.

Un ex ministro francés, M. Jorge Trouillot, ha estrenado en cierta fiesta patriótica del Trocadero un poemita, un diálogo entre «Gavroche y Hambeau». Gavroche, el soldado de hoy, el *bleuet*, el peludo—clase 1916—; Hambeau, el granadero de Rostand en *L'Aiglon*, el héroe rudo y gruñón de Wagram y de Austerlitz: es decir, el pasado y el presente, la historia, ó si quereis, la leyenda magnífica de la guerra y la dura realidad. El público parisiense oyó los versos—que quizá no respondan por completo á la categoría administrativa de su autor—conmovido, más que por su belleza, por la evocación de las trincheras. El 93 y las guerras napoleónicas están ya muy lejos, y el espíritu de la guerra defensiva de 1914 es hostil al gesto rapaz y fanfarrón del granadero Hambeau. Por eso tenía que darle la razón á Gavroche cuando contesta á las burlas del veterano que en su tiempo la guerra era envidiable, en campo raso, cuerpo á cuerpo; no conocían el avión ni el Zeppelin; aguantaban el fuego de miserables cañones de corto alcance, y la naturaleza y la ciencia no se coaligaban contra el pobre soldado:

—Pour nous changer du fer et du feu,  
 [le poison]  
 C'est l'uniforme, quand montent de l'horizon  
 Ces trucs á vous coucher sur le sol une armée.  
 Vos branches ne pouvaient craindre que [la fumée].  
 ¡Veinards!...

Y si Margarita Moreno, que recitaba estos versos, muy graciosa y muy espiritual, vestida con el traje azul de campaña, como un verdadero Gavroche, hubiera cubierto su cabeza con el casco y la máscara, yo estoy seguro de que todo el lirismo hubiera huido. La realidad es demasiado fuerte, y está sangrando todavía, para servirse al público en endecasílabos. Además, la voz se apaga. El soldado enmudece como bajo la escafandra de un buzo. No es teatral, por consiguiente.

Es todo lo contrario. En esta guerra hay que temer, en efecto, no sólo el hierro y el fuego, sino también el veneno. Los pulmones tienen que defenderse de algo más que del humo de la pólvora; y los gases asfixiantes, los líquidos inflamados, pueden acabar con un ejército. Aquiles no sería invulnerable, ni la más recia coraza le libraría de la muerte al propio



Hércules. ¿Para qué servirían los gestos heroicos? Encasquetada esa horrible careta, la nube mortífera pasa sin hacer daño al más cobarde como al más valeroso. El héroe, modesto y quizás anónimamente perdido en los trabajos colectivos del laboratorio, es el que ha inventado la careta.

Los demás son obreros de la guerra.

Estos obreros de la guerra se defienden como todos los que se dedican á industrias nocivas á la salud, bien por el peligro de accidentes sangrientos, por la deformación ó por la acción de vapores deletéreos. Una fuerza superior á su voluntad los ha movilizado, los ha dotado de útiles ó instrumentos para el trabajo y los ha llevado á construir trincheras y á defenderlas. En verdad, pocas veces es voluntaria la elección de trabajo, y en las minas, por ejemplo, las víctimas de las grandes catástrofes y las que mueren de muerte prematura no son suicidas, ni héroes que se sacrifican por el ideal de dar al mercado carbón, plomo ó mercurio. Quieren ganar su pan y el de sus hijos y bajan á los pozos obligados por una terrible ley social tan violenta como la orden de movilización. La única diferencia es que esta obliga á todos—ó á casi todos—y que se inspira en altos motivos de patriotismo, tan fuertes y tan imperiosos que ningún ciudadano consciente se siente capaz de rechazarlos. Comienza desde ese día de la movilización su ingreso en la gran industria de la guerra. El Estado es la gran empresa colectiva en la que el obrero, el soldado, pone trabajo y además capital. Ya está organizada la parte directiva y técnica.

Ya funciona la enorme y complicada maquinaria. Ya recoge el esfuerzo de todas las almas una entidad superior: la nación. ¿Que es, entonces, del individuo? Su personalidad está borrada, ó, por lo menos, suspendida. El número, la compañía, la consigna... Su pasado no existe. Su porvenir depende de esa línea que aparece en el horizonte y desde la cual vienen ráfagas de fuego. Y llegado el caso, cuando la humareda surge en la línea enemiga y el aire nos la trae, es preciso organizar la defensa, calar esa careta y disponernos á rechazar el ataque de mayor violencia. Los gorilas civilizados aguardan en las trincheras á otros que vienen, como ellos, sin apariencia humana y que, en efecto, no son hombres, sino instrumentos de una mecánica destructora.

¿Dónde está la personalidad? ¿Dónde está la divina llama, razón primera de cada una de sus vidas?

Terminará la guerra—algún día ha de acabar—y entonces todos los obreros, resituados á sus familias y á su labor pacífica, verán cómo van poco á poco recobrando la individualidad perdida pasajeramente. Quizá mirando esta fotografía y adivinando los rasgos de su propio rostro detrás de la máscara, sientan el estupor que producen las cosas que son imposibles y que, sin embargo, han ocurrido. Entonces comenzará la crítica, se repasará la conducta propia y ajena, y veremos si ese día podrá decirse con fundamento que el pacifismo y el internacionalismo han fracasado.

Luis BELLO



POESÍA DEL CAMPO

*CREPÚSCULO DE ABRIL*

Comienza Febo á esconderse  
tras los picos de la Sierra,  
por el centro del terreno  
un claro río serpea  
que las aguas del Abril  
su pobre caudal aumentan.

Allá de lejos, se oyen  
las voces pardas y secas  
de pastores que conducen  
los rebaños á la alberca.

De un Santuario lejano  
por donde Febo se acuesta  
vienen hasta mi aposento  
unas campanadas lentas

que al difundirse en los aires  
ecos de plegaria dejan.

Por la calzada de un puente  
con marcha pausada y lenta  
las yuntas con sus gañanes  
vienen de labrar la tierra.

En las copas de los árboles  
y en la torre de la iglesia  
buscan sus nidos los pájaros.  
Una voz lozana y fresca  
canta en jota castellana  
esta coplilla terrera:

«El viernes iré á la Robla  
á mercarle á mi morena

un pañolito de randa  
y una saboyana nueva.»

De los comienzos del pueblo  
donde se ponen las eras  
vienen en sabrosa charla  
médico, cura y albeitar.

Oyese allá en los olivos  
la canturia breve y lenta  
del cuclillo á tiempo que  
Febo del todo se ausenta,  
y de allí á muy poco espacio  
queda dormida la aldea...

DIEGO SAN JOSÉ

LA ESFERA

# LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



CRISTO MUERTO EN BRAZOS DEL PADRE ETERNO, cuadro de "El Greco"

# CANCIONERO DE AYER



Yo fui un niño enfermizo, pálido y enlutado  
que demasiado pronto conoció la tristeza  
del trágico y grotesco dolor de la pobreza.  
Yo he dormido en los bancos de un parque abandonado.

Y con la flor de toda la andante picardía,  
aprendí que la vida es demasiado dura  
cuando hay que conquistarla, en constante aventura,  
venciendo á la miseria un día y otro día...

Yo fui un niño enfermizo, pálido y mendicante  
sin otro camarada que algún can trashumante  
del arroyo, en la eterna negra desolación.

El dolor fué el maestro que me enseñó á ser bueno,  
pobre niño poeta, y floreció en el cieno  
mi verso, como un lirio divino de emoción.

DIBUJO DE MÁXIMO RAMOS

Emilio CARRÉRE

# LAS DANZAS ESPAÑOLAS DE LA KOUSNEZOFF

MARÍA Kousnezoff, la bella y aplaudida artista que en temporada anterior actuó con gran éxito en el teatro Real, vuelve de los Estados Unidos de América vulgarizando los cantos y bailes españoles, que han sido recibidos con efusivas aclamaciones de entusiasmo por todas las categorías sociales del gran público, que se extasía ante la artística y culta novedad. *El Herald*, de Chicago, ha publicado una serie de artículos haciendo minuciosas críticas de los bailes y la música españoles, y con tal motivo dedica justos elogios a la labor artística de María Kousnezoff y a los figurines *estilizados* de Néstor, coartífice de los triunfos de la *Pantera negra*. Las conferencias publicadas por el *Chicago Herald*, van ilustradas con bellas fotografías de la artista, ataviada con riquísimos y vistosos trajes españoles.

Las señoritas de la ciudad de Chicago han puesto de moda nuestros bailes, y no hay centro de recreo ni sociedad distinguida, donde no se rinda culto a las *Sevillanas* y a las *Jotas aragonesas*. Lo español triunfa en todas partes, y una gran corriente de simpatía hacia nuestra patria se hace extensible en Yankilandia.

En Nueva York, después del estreno de *Goyescas*, de Periquet y Granados, se vieron peinetas españolas por todas partes, las damas adineradas parecía que deseaban mostrar su amor a España ostentando en sus lindas cabezas el clásico adorno de nuestras damas linajudas y de nuestras manolas de la clase baja. Este femenino adorno ha modificado en Nueva York el tocado de las elegantes, complaciéndose en lucir las peinetas hasta en las reuniones familiares. La *tournee* de María Kousnezoff empezó en el *Auditorium Theatre*, de Chicago, cantando las óperas *Romeo y Julieta*, *Tosca*, *Fausto* y *Thais*, estrenando *Cleopatra*, obra póstuma de Massenet. En el refe-



María Kousnezoff, gitana granadina



María Kousnezoff, maja de Goya Figurín Néstor

rido *Auditorium Theatre*, ha cantado y bailado la *Pantera negra* números de Albéniz, Granados, Pepe Serrano y otros maestros españoles, con entusiasmo delirante del público que en todas las representaciones llenaba la sala. La orquesta, compuesta de más de cien profesores, era dirigida por el maestro Lassalle.

Tuvimos el gusto de asistir a la representación íntima que dió en Romea María Kousnezoff, antes de marchar a América, de los bailes y canciones españolas que pensaba exhibir en las grandes ciudades de los Estados Unidos, y desde luego auguramos que la notabilísima artista obtendría éxitos ruidosos del público americano. El talento indiscutible de María Kousnezoff, sus excepcionales condiciones de artista insuperable en la danza, la maestría de su voz, son prendas seguras y positivas de que el aplauso triunfal han de acompañar a la *Pantera negra* donde quiera que exhiba las creaciones de su arte inimitable. Los figurines *estilizados* de Néstor han contribuido también a los ruidosos éxitos obtenidos por María Kousnezoff, en las ciudades americanas, donde el nombre de España ha sido pronunciado con ostensible afecto por el público en general, y sobre todo por las más bellas y encopetadas damas.

La bella artista rusa se halla en Madrid de regreso de su brillante expedición por la América del Norte. Ignoramos sus proyectos para próximas jornadas teatrales, pero debemos suponer que las representaciones que tan justamente han entusiasmado al público de las ciudades más importantes de la gran República, sean conocidas ahora en España.

MIGUEL SERVET



María Kousnezoff, con uno de los trajes de carácter español que luce en su "tourné" por los principales teatros de Norte América,  
y cuyos figurines han sido dibujados por el notable artista Sr. Néstor

FOTS. MATZENÉ-CHICAGO

CUENTOS ESPAÑOLES  
EL DIABLO EN CASA



ESCENA ÚNICA

DON FELICIANO, CARMINA, JUANÍN Y PILAR

CARMINA. *(Sola, sentada en la mecedora y distanciada).*—¿Eres tú, papá?... *(Mirándole).*

DON FELICIANO.—Yo soy, hija mía... *(Pausa).* Tú estás malucha estos días, tú estás malucha, Carmina... A ti te pasa algo que no quieres decir á nadie... Reservadina eres como buena hija mía...

CAR.—Nada, papá, nada. Son aprensiones tuyas... que me quieres demasiado...

DON FEL.—Pues por eso, queridina, pues por eso que te quiero demasiado es por lo que me creo con derecho á saber todo... todo lo que te pasa...

CAR.—Tú sabes que yo no soy feliz en el matrimonio, papá. Eso es todo...

DON FEL.—¿Cómo no saberlo, hija? Bien que lo sé y bien que me duele... Pero eso, desgraciadamente, Carmina, ocurre desde el primer día, y este cariz tuyo es reciente... Sí, sí, tú estás pasando una tempestad á todo trapo y no quieres que nadie te lo sepa...; pero yo soy tu padre, Carmina, considéralo bien, hijina; yo te tuve en mis brazos cuando eras así de pequeñina... Conmigo no puedes sentir empacho ni vergüenza...

CAR. *(Echándose á llorar desconsoladamente).*—Papá, papá, no me martirices; papá, yo te lo ruego...

DON FEL. *(Acercándose á ella y abrazándola).*—Carmina, mi amor, no llores; no ll res, reina, y dime todo lo que tienes guardado hace tanto tiempo... *(Pausa).* Mira, riquina, mira; lo que á ti te ocurre...

CAR.—Papá, papá, que yo soy muy mala, que yo no me merezco ser tu hija, que yo...

DON FEL.—Calla, bobina, qué vas á ser mala. No; lo que hay es que eres desgraciada; eso sí; desgraciada como habrá pocas mujeres en el mundo... Tú te casaste demasiado joven... ¡y si te hubieras casado bien, todavía!... Pero te casaste con un animal, con una bestia, así, hablando en plata; con un hombre que no siente ni padece... talmente una momia... ¿No es eso, bobina?...

CAR.—¡Ay, sí, papá, sí!

DON FEL.—¿Cómo no, nena mía, cómo no?... Si á mí me cuenta un paxarín todas las cosas vuestras... Un paxarín de esos que tanto alborotan y pían en las madrugadas por los árboles

del Campo de San Francisco... Vosotras creíais que no me daba cuenta... y yo me doy cuenta de todo... Mientras yo ando en las mañaninas de sol camino de la Silla del Rey ó del Cristo de las Cadenas, yo sé todo lo que piensan vuestras cabezinas rubias; yo sabía todo lo que pasa por dentro de casa, lo que cavilas tú en tu tálamo de casada con el animal de tu marido al lado, hecho un tonel de sidra, lo que imagina esa cabezita loca de Pilarina en su lecho virginal de soltera... Y ese paxarín, ese mirlo que cantaba en la copa de un álamo verde... me contó una mañana á mí...

CAR.—Papá, papá, que me atormentas... *(Llorando desgarradamente).*

DON FEL. *(Bajando la voz involuntariamente, en susurro apagado de confidencia).*—Me contó una mañanita... que tú fuiste á misa á los Carmelitas... y que... ese canalla..., ya sabes quién digo, á quien el demonio me lleve si yo, viejo y todo, no doy un día un golpe desgraciado, te siguió hasta la iglesia, y allí, en la pila, te ofreció agua bendita, como el diablo á Margarita, como yo ví en una ópera en La Habana... Y...

CAR. *(Irguiéndose).*—Pero ¿á ti quién te ha dicho ésto, papá?... Pero eso es un embuste que te han contado para que dudases de mí...

DON FEL.—Embuste no, bobina... Pero ¿dudar de í? *(con dignidad).* No serías mi hija... ¡Dudar de ti! Nunca dudé de tu madre... y yo creo que eso de la honradez se hereda... se lleva en la masa de la sangre... Tú no puedes ser mala, tienes que ser buena, como lo fué tu madre, la mía, tu abuela, todas las mujeres de nuestra familia... ¡Tú ser mala!... Nunca... Eres asturiana y ba ta; tienes que ser buena, dócil, obediente, fiel á tu marido hasta la muerte, ocurra lo que ocurra... Eres de la tierra de las mujeres honradas por excelencia... Pero... eres joven, estás muy atolondrada, el bárbaro de tu marido no te hace caso, y de una mala tentación nadie está libre... en fin, mi niñina, que he decidido que levantemos la casa y nos vayamos á Madrid á vivir. Bien que me duele, amor. Yo sé que allí no hay un Campo de San Francisco ni una Carretera de Buenavista, que son para mí todo mi mundo... Habrá otras cosas mejores, pero no las más, donde yo he vivido siempre, donde yo me casé, en lo que yo pensaba desde Cuba, donde yo sufrí por vosotras...

CAR.—¿Y te resignaras á vivir lejos de aquí?

DON FEL.—¿Cómo no, queridina? Por mí no me resignaría, porque yo he nacido para vivir aquí; pero por vosotras... por todos... Sí, sí, hemos de marchar á Madrid antes de que sean las Navidades. Anúnciaselo á Pilarina. Yo ya sé que ella también se llevará un buen disgusto.

CAR.—Sí, papá, Pilar tiene más fondo de lo que parece. No es todo lo que se ve por fuera. Es muy sensible, toma mucho cariño á las personas... *(Recalcando).*

DON FEL.—Pues por eso precisamente, hija, pues por eso... Tanto lo hago por ella como por ti...

CAR.—¿Y mi marido, papá?...

DON FEL.—¡Tu marido! ¡Tu marido! Ese es el que no me preocupa... Cuando se trata con personas racionales y como Dios manda, se las convence por las buenas, se las engatusa; cuando se trata con animales de recua como tu marido, á esos se les da una orden... y si no la quieren cumplir se les lleva arrastrados... Deja eso de mí cuenta...

CAR.—Yo creo que mi marido se resistirá.

DON FEL.—No importa; mira hijina, los hombres que hemos trabajado y hemos penado mucho, como yo, para constituir una familia, somos blandos casi siempre; pero sabemos ser duros cuando llega la ocasión... Pese á tu marido, en Madrid estaremos para la Nochebuena. *(Entra Pilar corriendo en traje de calle y abraza á su padre).*

PILAR.—Papá, ¿qué ocurre, rico de la casa? ¿Qué es eso? ¿Por qué estais tristes?... ¿Qué te pasa á ti, corazón? *(Besando á Carmina).*

CAR.—Nada, nada, Pilar... Papá te dirá...

DON FEL.—Nada sino que esta tonta, claro, que está tan apegadiza á este poblacho, que siente dejarlo... Claro, aquí nació, aquí se casó... Pero los negocios son los negocios, y los míos exigen un desenvolvimiento financiero para el cual no hay horizonte aquí... Tenemos, pues, que marchar á la Corte, y para Nochebuena allá estaremos...

PIL. *(Abrazando á su padre).*—¡A Madrid!... ¡Qué alegría, papá, qué alegría!...

DON FEL.—¿Te alegras de veras?

PIL. *(Inquieta y como queriendo salir).*—Mucho, papá, mucho.

DON FEL.—Ven acá, Pilarina, ven acá, diablillo.

PIL.—Tú ¿qué quieres papá?, siempre me estás mareando.



DON FEL.—Ven acá, tontina, ven acá, que no es para reprenderte... ¿No tienes algún resquemorín de irte de aquí, donde has nacido, donde has vivido siempre, de este pueblino tan guapo?

PIL.—No, papá... Y aunque lo tuviera... ¿Tú que te piensas? Yo soy una mujer ya, yo soy una mujercita hecha y derecha, y ya te he dicho que el amor á papá no está reñido con que le interese á una un muchachín muy poeta, muy listo y que es además muy curiosín. ¿Te enteras, papá?... (Abrazándole y riéndose).

DON FEL.—Si no es eso, paloma, si no es eso. Si es que ese rapazaco no viene con los buenos fines que tú te piensas; ese rapaz anda torcido...

PIL.—¡Qué va andar, papá, si es más derechín que un huso!...

DON FEL.—Que anda torcido, monina, que anda torcido. Que tú eres muy niña, que no conoces el mundo y que yo cazo largo.

PIL.—Pero ¿qué puedes ver en él que sea desagradable, papá?...

DON FEL.—Pues ya te digo, paloma, que ese muchacho... no juega limpio... Que... no viene por tí sola...

PIL.—Ya salió la cantilena... Lo de siempre. Que viene por la dote ¿verdad? No digas disparates, papá, no hay que pensar tan mal de la gente...

DON FEL.—No es eso sólo, tontina... Yo no acierto á decirlo, no acierto, no. Yo no te sabré decir las palabras bonitas que te dice tu poeta... Yo no he estudiado nada en los libros... Salí de aquí descalzo y analfabeto ¿no es así como se dice?... Y volví bien calzado, pero sin saber más letras que antes, á no ser las que eran más necesarias para el comercio. No, yo no sé decirte frases lindas, paxarina; pero con este lenguaje rudo que aprendí en el trato diario con hombres trabajadores como yo... con este lenguaje te digo que ese muchacho no viene por tí sola... Trae intenciones malas, no hacia tí, sino hacia tu hermana... hacia el honor de la familia, y eso... (levantándose con súbita energía) eso no lo consentiré, no...

PIL. (Echándolo á risa).—Papá, eso son chocheos... eso te lo han contado... no lo has discurredo tú... Hay que reirse...

DON FEL.—¿Cómo reirse, Pilar? Eso es cierto niñina, eso es cierto, tan cierto como que tu madre está en el cielo. Y por ella te juro... que tendrías yo que no te querer nada si no me preocupara de tí y no espantara á ese...

PIL. (Atajándole).—Papá, que le quiero, que es bueno. No le insultes... Eso no es verdad, no puede ser verdad, porque no puede haber hombres que tengan el valor de engañar así, á sangre fría, á una muchachina como yo... que hasta ahora no ha sabido lo que era querer...

DON FEL.—Pues los hay, moni a, los hay...

PIL.—Pero aun caso que los hubiera, Juanín no es de esos...

DON FEL.—¡Pobre inocentina! Te desengañarás muy pronto. (Se vá por la derecha) He citado á ese mamarracho aquí para darme el gusto de escupirle en la cara...

PIL.—Papá, ¿qué has hecho? (Acongojada).

DON FEL.—Lo que oyes...

PIL.—Papá, papá... (Sale llorando).

DON FEL. (Abriendo la puerta de la sala al

y esto es lo principal, porque es usted un canalla... ¿Se ha enterado usted?...

JUAN. (Levantándose de la silla).—Caballero, claro, querrá usted...

DON FEL.—Caballero claro que lo soy harto más que usted, aunque me haya pasado la vida cortando tasajo en un almacén muy ramplón, y usted ande vestido á lo señorito holgazán... hoy mucho y mañana nada... Y por eso mismo le advierto que no consentiré que usted insista en sus pretensiones cerca de mi hija, lo principal porque es usted un malvado... y luego porque ¿qué es usted?

JUAN.—Yo, soy poeta...

DON FEL.—¡Poeta usted!... Yo comprendo muy poco porque he estudiado muy poco... pero á lo que á mí se me alcanza, á usted le pasa lo que á esos papagayos que aprenden en América cuatro bobadinas y no dejan de decirlas á todas horas... Y así ustedes, se han aprendido todo eso de luna, susurros, boscajes, amor, etc., y á cada paso repiten tales simplezas, pero sin sentirlas, que es peor...

JUAN.—Caballero, es usted un anciano y se está prevaleciendo de las canas para insultarme... Yo no le doy á usted licencia para juzgar de mis mayores ó menores dotes poéticas...

DON FEL.—¡Pero me la tomo yo, carambo! ¡No faltaba más!... Usted no es poeta porque usted no es un hombre bueno..., no es un hombre honrado...

JUAN. (Con frialdad estudiada).—A pesar de lo cual, su hija de usted está enamorada de mí...

DON FEL.—¡Cómo!... Mi hija no puede quererle á usted...

JUAN.—Pero me quiere...

DON FEL.—No he dicho que no debe, caballero, he dicho que no puede... Y lo repito ¿cómo no? Mi hija no puede quererle á usted. ¿Usted me entiende? Mi hija no puede querer más que á un hombre honrado como yo..., y usted no lo es... Sepa, pues, señor mío, que mi hija no le quiere... ¿Me ha oído usted bien? No le... quiere... (Marcando las sílabas). Aléjese ahora mismo de mi vista... si no quiere que le dé el castigo merecido...

JUAN. (Alejándose).—Sabrá usted de mí, caballero...

DON FEL.—Procuraré no saber en la vida... (A gritos). ¡Carmina, Pilarina! ¡Hijas mías!... Ya veis; bastó un hisopazo para échar al diablo que se había metido en esta casa honrada... (Abrazándose á Pilar y conmovido, casi llorando). Ahora no queda aquí más que el diablillo que debe quedar... Pilarina... la gloria de esta casa...

TELÓN

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



ver que entra Juanín).—Muy buenas tardes, señor mío.

JUAN.—Muy buenas. He acudido á la cita que usted me ha dado sin explicarme bien para qué...

DON FEL.—Pues yo se lo explicaré en dos palabras. Le he llamado á usted para tener el gusto de decirle que no se acuerde más en su vida de que mi hija existe...

JUAN.—Caballero...

DON FEL.—Primero porque me la llevo hoy mismo fuera, muy lejos de aquí... y porque aunque estuviera aquí, no habría de ser nunca para usted, porque es usted un Don Nadie y además,

## CAMBIO DE PRODUCTOS LITERARIOS

EN una de mis correspondencias quincenales á *La Nación* de Buenos Aires, publicada en el número 16 de enero de este año en dicho gran diario suramericano, contaba yo el resultado de una pesquisa que hice en el catálogo de la biblioteca del Ateneo de Madrid al día siguiente de habernos en él hablado su presidente, el Sr. Labra, de la necesidad de estrechar lazos con la América hispánica y cómo de esa pesquisa resultó que faltan en la tal biblioteca las principales obras literarias y científicas con que esa América ha contribuido al pensamiento universal. Recuerdo más, y es que á raíz de una conferencia que di yo en ese Ateneo pidieron algunos socios que se adquiriesen las obras de Domingo Faustino Sarmiento, el poderoso escritor—no pongo por encima de él á ninguno de los escritores españoles del pasado siglo—el espíritu genial y bravío, el autor del inmortal *Facundo*, el que escribió en sus *Recuerdos de provincia* las páginas más intensas y conmovedoras de autobiografía que yo he leído en nuestra lengua, una gloria y un orgullo, en fin, de la casta ibérica. Y, en efecto, ni tales obras estaban en el pasado mes de diciembre en el Ateneo ni he logrado que apenas se interese aquí nadie por Sarmiento, que en realidad está aún para el gran público, por descubrir en España.

¿O es que en España hay gran público y no más bien varios públicos chicos y muy chicos, ínfimos? El hecho es que todo ese tópico de la hermandad espiritual hispano-americana es el más huro lugar común que conozco y que malda la curiosidad que hay aquí por conocer bien aquellas naciones de lengua española en las que se nos conoce muchísimo mejor que nosotros á ellos, lo que, por lo demás, no es nada difícil.

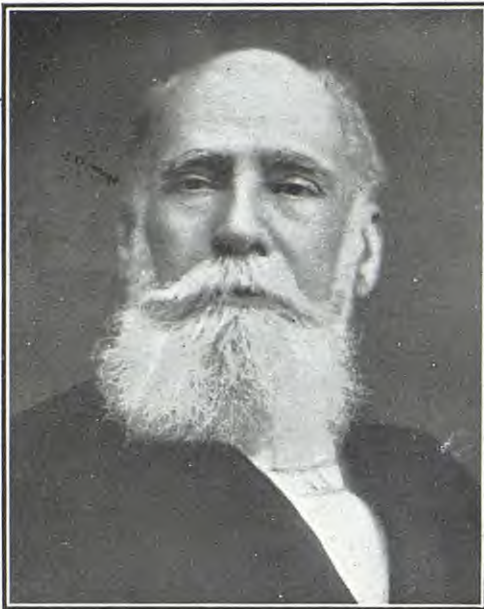
Pues bien, un español benemérito radicado en Buenos Aires, D. Juan Roldán, fundador de una librería «La Facultad» y editor generoso y valiente de obras maestras argentinas, ha hecho circular por la Argentina entre los autores una petición de que envíen sus obras al Ateneo. El, por su parte, el Sr. Roldán se propone regalar al Ateneo de Madrid una colección de obras de autores argentinos.

Empieza la circular de Sr. Roldán á los escritores argentinos citando un párrafo de mi correspondencia á *La Nación*, habla después de mí de tal modo que yo no he de citar aquí sus palabras, manifiesta su propósito de regalar al Ateneo esa colección y luego añade:

«Más como las obras por mí editadas, que son las que me propongo enviar, aun siendo numerosas, no son todas las producidas por la intelectualidad argentina, y mi deseo sería que en los estantes de la Biblioteca de aquel importantísimo centro cultural no faltase ni una sola de tales producciones, con el objeto de que todas ellas fuesen conocidas como merecen, me permito solicitar su adhesión que concreto rogándole el envío de algún ejemplar de las obras de que es usted autor, con su dedicatoria para unir las á la colección de las que me propongo remitir muy en breve, entre las que figuran las de los autores siguientes: Sarmiento, V. F. López, J. V. González, Saldías, Ruiz Moreno, Leguizamón, Sicardi y otros».

Nombres que á la inmensa mayoría de los españoles cultos, y aun á los más de los que andan con el estribillo ese de la hermandad hispano-americana les sonarán á cosa más que rara. ¿Qué español, v. gr. se habrá tomado el trabajo—que es un placer, lo digo yo que lo he tomado—de leer los diez volúmenes de la «Historia de la República Argentina, su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852» de don Vicente F. López, obra llena de vida, de pasión, de colorido y de profundas enseñanzas para nosotros los españoles? ¡Antes leerán una historia de Suecia ó del Japón! Y, sin embargo, es difícil que pueda haber historia de pueblo alguno más instructiva para los españoles que la de una cualquiera de aquellas naciones que de la nuestra brotaron. La de la Argentina, desde su independencia hasta la caída del tirano Rosas en Caseros y aun después, es de lo más sugestivo que se le puede ofrecer á una inteligencia española. Nos enseña sobre nuestro espíritu tanto ó más que nuestra propia historia.

El benemérito D. Juan Roldán se propone dotar á la biblioteca del Ateneo de Madrid con una colección, lo más completa posible, de autores



D. RAFAEL MARÍA DE LABRA  
Presidente del Ateneo de Madrid  
FOT. BIEDMA

argentinos y celebro haber sido la ocasión de ello. Desde luego enviaré las obras que él mismo edita. Ahora mismo acaba de emprender la empresa de una «Biblioteca argentina» dirigida por don Ricardo Rojas, uno de los más sólidos á la vez que brillantes ingenios argentinos, á quien ya tuvieron ocasión de oír en el Ateneo de Madrid. De esa Biblioteca argentina he visto los seis primeros volúmenes, con obras de Mariano Moreno, el teizador de la independencia patria, de Esteban Echeverría, el romántico patriota, de J. B. Alberdi, de pura sangre vasca, áspero censor y fundador del verdadero derecho constitucional argentino, de Sarmiento, de N. Avellaneda, de Juan Cruz Varela. Y anuncian ya otros seis volúmenes más, entre ellos el *Martín Fierro*, de José Hernández, ese portentoso poema popular que debía ser popularísimo entre nosotros y en donde parece que el espíritu ibérico vuelve á sus más heroicos tiempos. Nunca he sabido explicarme desde que lei el *Martín Fierro* y escribí sobre él, hace más de veinte años, cómo no se ha popularizado en España ese producto espiritual argentino que es tan genuina y tan netamente español. Verdad es que tampoco me he explicado cómo la historia de Juan Moreira el famoso bandido, tal como la contó Ricardo Güirrez, no corre entre nosotros y no nos es Moreira tan conocido como José María ó Diego Corrientes, pues que es tan nuestro como ellos y merece ser tan conocido como ellos lo son.

Pero es que aquí ni se sabe de aquellas cosas ni se quiere saber. Esta es la verdad: no se quiere saber. Nuestra curiosidad por lo de fuera no es muy grande, pero si esa fuera la América de lengua española ó Portugal, esa curiosidad es aún menor. ¡Cualquiera diría que no tienen nada que enseñarnos ó nada con que deleitarnos!

Yo no sé si en otros órdenes—el político, el económico, etc.—se hace algo por relacionarnos más y mejor con las demás naciones de lengua española y con las de lengua portuguesa, pero en el intelectual ó cultural se hace poco, muy poco. Nuestros escritores que hablan de aquello no ven allí más que un mercado; un mercado para ellos, por supuesto. Y no se les ocurre, ni remotamente, que España pueda ser un mercado de libros americanos. ¡Como que es mucho más fácil en Madrid obtener un libro sueco ó ruso que no argentino, chileno, colombiano, mejicano, etc., etc.! A un amigo mío, que por mi recomendación y consejo, pidió una obra *Ideas y observaciones*, del tan sugestivo y sagaz pedagogo uruguayo Carlos Vaz Ferreira—y es una obra que debían leer nuestros pedagogos—le fué imposible obtenerla. ¡Ya se ve! ¡publicada en Montevideo!

He oído hablar alguna vez de un cierto proyecto de cambio temporal de profesores entre España y las demás naciones de lengua española, y no sé que tal resultado daría ello, pero á cualquiera se le ocurre que mucho más fácil que

cambiar hombres ó autores, es cambiar sus obras. Teniendo en cuenta, sobre todo, que la mayoría de los maestros de cultura de algún valor han dejado en libros lo mejor de su pensamiento y que son raros, rarísimos, aquellos á quienes conviene más oírlos que leerlos. Y ese cambio de obras es mucho más fácil que el cambio, siquiera pasajero, de autores. Y no que se pida de aquí libros hispano-americanos para que de allí pidan los nuestros, sino al revés, que les enviemos los nuestros para que ellos nos envíen los suyos.

Me parece tener entendido que en el Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes se solía adquirir ó se adquiere todavía tantos ó cuantos ejemplares de tal ó cual obra recomendada, ejemplares que luego se reparte por bibliotecas de sociedades, instituciones ó gremios, y que nadie lee. Y nadie los lee, porque esas obras que se adquieren por influencias políticas—es decir, las menos razonables, las menos racionales, las menos culturales y las más beóticas y absurdas—ó para sacar de apuros á algún desdichado—es decir, á modo de limosna—suelen ser el desecho de la producción literaria ó científica. ¿No sería más puesto en razón y en alta conveniencia en España y lo enviase el Estado á un número de bibliotecas de las demás naciones de lengua española, y conseguir que de estas naciones enviase á las principales de nuestras bibliotecas su producción respectiva?

Mientras estuve encargado del rectorado de la Universidad de Salamanca, recibí muchas veces comunicaciones de Universidades americanas, proponiendo el cambio entre sus publicaciones y las nuestras, y siempre tuve que contestar con pena, que nuestras Universidades, como tales, no publican más que un menguado discurso de apertura cada año—y en la mayoría de los casos valdría más que no lo publicasen—y lo que cada profesor publica por su cuenta, es él quien determina si le conviene cambiarlo ó no. Y si es libro de texto, única producción á que se atienen los más de nuestros profesores, vale más que no los cambien.

Nosotros, los autores, no podemos cambiar. Si yo, por ejemplo, correspondiese con todos los escritores americanos que me han enviado sus libros, necesitaría destinar una buena parte de las ediciones de mis obras á tal cambio. Y por razones económicas no puedo hacerlo. Tengo una excelente y muy copiosa colección de obras americanas contemporáneas, dudo que haya en España quien la tenga más completa, pero si el adquirirla me hubiese costado el repartir otros tantos ejemplares de cada una de mis obras, me habría resultado más cara de lo que mis medios consienten. La tengo por regalo y debido al interés que me ha merecido siempre la producción literaria americana en lengua española, y á lo que he hecho por difundir su conocimiento.

Es cosa clara que un hombre que llega á cierta notoriedad—y tal es mi caso—no puede establecer riguroso cambio de sus obras con las de aquellos que le envían las suyas. Y además, este cambio de libros entre los autores es uno de los más tristes síntomas del estado de las letras entre nosotros. Diríase que no leemos más que lo que escribimos y que nadie lee sino aquello que le regalan.

Más eso que no pueden hacer los autores mismos, pueden y acaso deben hacerlo los Estados en que esos autores trabajan. Es como cuando de tal ó cual sociedad ó instituto ó casino ó *juventud*—las juventudes esas son atroces en esta pedigríeña—se dirigen á un escritor pidiéndole que les regale sus obras, sin comprender que es preferible pedirle dinero y comprar con él esas obras, á no pedirle las obras mismas. Porque es menester estimular á los libreros y que vean que tal ó cual obra se busca y se compra, aunque sea con el dinero del autor mismo. Pero es que hay gentes que se han acostumbrado á considerar que un libro ni vale ni cuesta.

Y volviendo á mi principal propósito al escribir estas líneas, las concluiré diciendo que dudo mucho de lograr que interese en España la producción literaria americana. Y es que aquí no hay público, sino publicuillos.

FRASES HISTÓRICAS ESPAÑOLAS

# NO SE GANÓ ZAMORA EN UNA HORA

Origen de esta popular frase y relato del hecho glorioso de D. Alonso de Tejada, que triplicó el heroísmo de Guzmán el Bueno

No se ganó Zamora en una hora; todo buen español lo sabe, y la frase no sólo es popular en nuestra patria sino que ha llegado á traspasar las fronteras nacionales.

Esta vieja ciudad, á la que en otro tiempo se la llamó Numancia, y por la Numancia que prefirió entregarse al incendio antes que al yugo del invasor, se la tuvo, dispuso siempre de una defensa amurallada, que fué el asombro de propios y extraños.

Romanos son los primeros vestigios que de ella se tienen. El genio militar de Roma no se desaprovechó en la península y de sus enseñanzas surgió aquel heroico caudillo sayagués que por estas mismas tierras zamoranas supo poner en jaque y abatir el indómito poder del extranjero. Y así en el escudo de la ciudad quedó para siempre representado el férreo brazo de Viriato como un emblema de heroico patriotismo. Romanos son también los cimientos del fortísimo castillo que vino á ser como el pétreo broche de la muralla, del admirable cinturón de piedra que defendía la plaza codiciada siempre. Los árabes tuvieron buena prueba del temple de la muralla y de las admirables defensas estratégicas que la completaban.

Hay en los archivos nacionales una crónica árabe en que se relata la memorable *batalla del foso de Zamora*, en la que el cronista mahometano describe minuciosamente el horror de la jornada, en que los más lucidos musulimes de Abderramán, cegando con sus cuerpos yacentes los fosos del castillo, dieron paso á las huestes de la media luna, que por primera vez penetraron en la plaza.

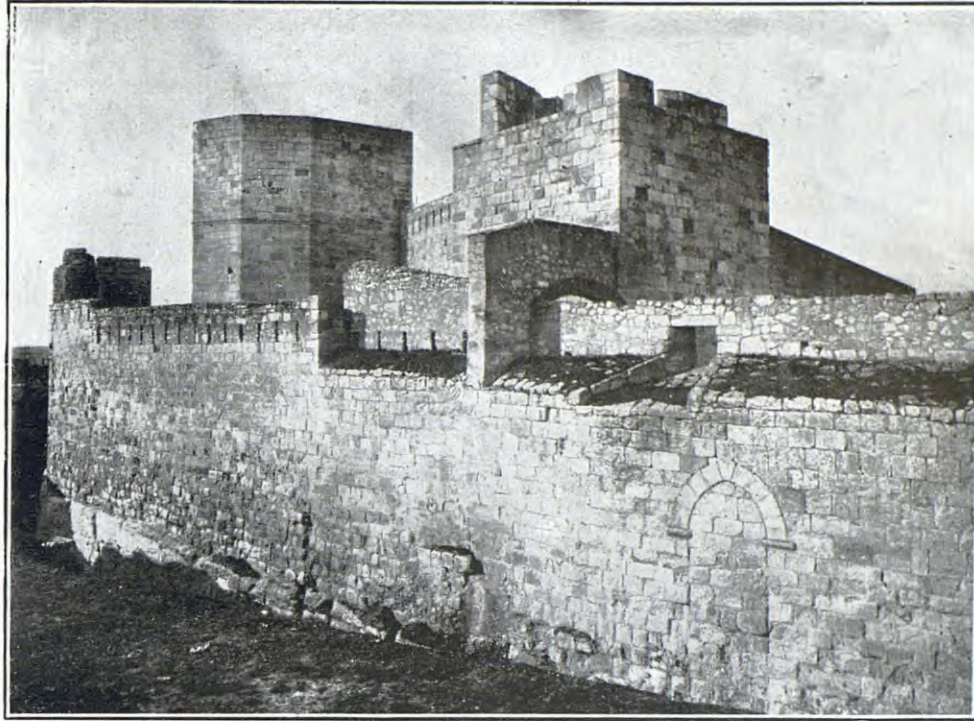
La dominación fué bien efímera, que no era empresa fácil domeñar tan recia fortaleza. Y más tarde, comprendiéndolo así aquel capitán mahometano, el *rayo de la guerra*, el más *formidable* caudillo que tuvieron los árabes, llamado Almanzor (el Mansur), esto es: *el Victorioso*, al reconquistar la plaza, devastó sus muros, derribó sus torreones, arrasó en lo posible aquel invulnerable baluarte, contra el que siempre se estrellaban los esfuerzos guerreros...

Pero luego llegó lo esplendor, la generosidad, el talento de Fernando I *el Magno*, y la plaza quedó restaurada, aun con mayores garantías para la resistencia. Lo demostró bien pronto.

Muerto apenas el mencionado monarca, surgieron muy serios disgustos entre sus hijos por haber distribuido el reino entre ellos su augusto padre. A Doña Urraca tocole en herencia el de Zamora, y su señor hermano, D. Sancho II *el Fuerte*, quiso despojarla de esta herencia, como había hecho ya con los demás, para reunir en su corona todos los dominios de su padre.

No se avinieron los zamoranos á tal injusticia y así se lo hicieron saber á *el Cid*, que trajo á la plaza el mensaje de intimidación. Comenzó el sitio de la ciudad, luego que comprobaron lo imposible de tomarla por asalto, y entonces surgió la frase popular que encabeza el presente artículo: *No se ganó Zamora en una hora*. No; siete meses duró el cerco de la plaza y D. Sancho II de Castilla no logró entrar en ella porque encontró la muerte frente al castillo que veis fotografiado entre el texto de este artículo.

Ya otra vez he hablado de este hecho histórico y no es pertinente repetirlo ahora, además de ser otro mi propósito presente. La frase, que nació en el año 1072, tiene nueve siglos de existencia y de popularidad, unida á uno de los más



El castillo de Zamora por su parte más antigua

salientes de nuestra Historia, lo que pone de manifiesto el temple de aquellas almas de piedra y de aquella piedra que parecía tener un alma indestructible é invicta.

Tres siglos más tarde vuelve á brotar la flor de la epopeya entre esas piedras milenarias y venerables. Muerto D. Pedro I de Castilla, el de Trastámara va, poco á poco, reduciendo las resistencias, domeñando las rebeldías y adueñándose del reino de su hermano. Pero con Zamora no rige el mismo feliz resultado... Ni los halagos ni las dádivas de aquel monarca que por sus desprendimientos fué llamado *el de las Mercedes*, fueron bastante á quebrantar la lealtad jurada al verdadero monarca castellano y Zamora continuaba ondeando su pendón por don Pedro I.

Varios años aguantó D. Enrique la resistencia, hasta que al fin, creyendo ya lo ocasión propicia, se dirigió bien acompañado sobre Zamora. Y si la traición del arcediano D. Pedro



La ilustre actriz Rosario Pino visitando el castillo de Zamora FOTS. CORTI

Tenorio no le franquea la entrada en la plaza, acaso no hubiese tenido mejor éxito que su antecesor Sancho II.

Y aun ésto se consiguió cuando ya en la ciudad se enseñoreaban el hambre y la peste y había sido apresado el valiente y leal Ferrán Alfonso, jefe de los sitiados, en una salida que hizo para conquistar aprovisionamientos.

Así que entraron las huestes del de Trastámara, corrieron á encerrarse en el castillo buen golpe de soldados y de caballeros de cuenta acudidos por el alcaide de la fortaleza, D. Alonso de Tejada, maestro de Santiago y decidido defensor del monarca asesinado en Montiel.

No hace muchos meses, cuando la ilustre comediante Rosario Pino visitó Zamora, hicimos juntos una excursión á la gloriosa fortaleza. Sobre ese mismo sitio en que veis aparecer en la foto-

grafía á la insigne actriz española, D. Alonso de Tejada estuvo presenciando la muerte de sus tres hijos, sacrificados por no deponer las banderas de oposición.

Fué un hecho semejante al de Guzmán *el Bueno*, pero tres veces más doloroso, más heroico... Faltóle á Tejada el deslumbrador efecto de la frase: *si no tenéis puñal con que matar á mi hijo, ahí va el mío*; pero el esfuerzo fué mayor, el sacrificio más grande.

Diéronle desde fuera grandes voces para que se asomase y le mostraron las tres tíernas criaturitas, amenazándole con matarlas en el acto si no rendía el baluarte... Y sus ojos se enrojecieron con la visión de la sangre filial y ese enrojecimiento de sus ojos doloridos fué todo coraje en su corazón.

Ya no había vida posible en el castillo; faltaban la salud y las vitualidades. Pero no se rindió. Una noche, burlando la estrecha vigilancia de los de Trastámara, salieron los pocos que quedaban vivos en la fortaleza, llevando con ellos las banderas de D. Pedro I y ganando la frontera se internaron en Portugal.

Los cadáveres de las tres inocentes víctimas fueron más tarde enterradas en la Iglesia de San Francisco de Salamanca, lugar del nacimiento del leal y heroico Alonso de Tejada. En ese mismo sepulcro fué su propio cuerpo inhumado después y una detallada inscripción mortuoria recordó por mucho tiempo esta memorable hazaña, que no ha pasado á la Historia con toda la gloriosa popularidad que merece.

Pero ahí está en pie, proclamando su lealtad y su heroísmo, el histórico baluarte zamorano. Sus piedras se yerguen con la gallardía de tanta grandeza pasada, desafiando el transcurso de los años que, como el brío del enemigo, se estrellan en la fortaleza de su resistencia. Ya no ondean los regios pendones castellanos; ya no suenan los estridentes clarines ni los roncacos atambores; no se escucha el bronco choque de las bélicas armas ni por sus aspilleras asoman las ballestas y los arcabuces. Mohosas están las cadenas de su puente levadizo y casi cegados sus amplios fosos, tumba de tantos valientes; florecen las ortigas en su patio de armas y desportillados están sus calabozos...; ¡pero ved todavía, con la misma gentileza de antaño, el arrogante orgullo de su torre del homenaje que tiene por campo azul el mismo cielo que vió sus pasadas grandezas y no las olvida, como lo pue- los su historia!

JULIO HOYOS

Abril de 1916.

## PAISAJES CASTELLANOS



## Toledo desde los Cigarrales

A otro lado del Puente de San Martín, peñascos arriba, se abren mil abruptos caminos serpenteantes. Cualquiera de ellos es noble y apetecible, porque conduce al refugio donde se goza la «descansada vida» de que habló el venerable maestro. Cualquiera de ellos merece, asimismo, el dulce nombre de «escondida senda», libre y alejada, entre la gloria del sol y de las flores, del «mundanal ruido»...

¡Cigarrales toledanos, todo amor y sosiego! «Tenemos un cigarral—escribía el maestro Tirso de Molina—cerca del religiosísimo Monasterio de los Padres Capuchinos, con una casa en él, suficiente para gozar en invierno del sol y en verano de sus flores—que regadas de una fuente y a vista del caudaloso río las pule Flora, sirviéndole de espejo, con el peine sutil de los vientos mansos que de ordinario las lisonjean—, donde muchas veces nos íbamos, ya en un barco, ya en un coche, por dos ó tres días, á abrir las ganas con que en su quietud apetecíamos después de la cortesana vivienda de Toledo»...

Esto se decía allá por el comienzo del siglo XVII, madura época de esplendor no sólo de las toledanas quintas asentadas á la otra orilla del Tajo frente á la ciudad, sino de los muchos y muy esclarecidos talentos que en ellas departían, celebraban lucidas justas de ingenio y organizaban fiestas teatrales de imborrable memoria.

Lope de Vega, Tirso de Molina, el Conde de Mora, Góngora, Domeniko, el alucinante griego, Tristán, Parravicino, Francisco de Rojas y otros ilustres españoles visitaban muy á menudo aquellos parajes, hoscos y rientes á un tiempo,

donde seguramente descansó el insigne manco D. Miguel aquella tarde en que, desde el Mesón del Sevillano, salió á tomar el buen sol, luego de haber finado su novela *La ilustre fregona*...

Otros tiempos más felices y otros cigarrales más deleitosos eran aquéllos para Castilla la robusta. Desaparecieron después las quintas reverberantes, ocultas entre la arboleda; fueron los novelistas, los poetas, los dramaturgos, y en la agreste soledad, poblada por almendros, albaricqueros y olivos, el silencio, un luctuoso silencio de decadencia, se cernió con rapacidades siniestras de buitres.

Quedaba en pie, coronando el cerro en que se asienta, ceñida por la ajorca lírica de su río, la capital, hermosa como la más hermosa de las sultanas y dueña aún de su sonrisa incopiable de Emperatriz.

Desde las eminencias de estos cigarrales se la veía igual casi que hoy la ve el viajero maravillado. Perdiéndose en lo azul del cielo—flecha arrojada por los hombres á la gloria y en ella clavada—subía la aguja de su Catedral; más en lo alto destacábase la mole recia del Alcázar, ancho corazón de piedra donde palpita el corazón de bronce del César Carlos V, bajo las alas extendidas del águila bicéfala, y, cuando la noche deshojaba su mágica flor azul, los mil campanarios de la ciudad la convertían en una lira inmensa, en un armonio gigantesco, en una inefable y hechicera apoteosis.

¡Toledo, hermana de Florencia, de Brujas, de Granada, de Siena, las ciudades prodigiosas donde el suspiro del hombre se hace homenaje

y su silencio exaltación! ¡Toledo, laberinto, cuna, joyero, panteón, pomo de fragancia, libro miniado, rosa abierta, jardín luminoso, rico ajimez de la historia dorada por la puesta de sol de Castilla, que todavía sigue brillando en él!... ¡Toledo, todo gris y lóbrego para el que no sabe mirarle, para el que por no tener amor, está ciego; mina de sol y de belleza para el que sabe llegar á él, tembloroso de fiebre y de ilusión! Samaritana de los sedientos y Verónica de los crucificados es; y si alguien creyera que España ha muerto ese alguien habría de elegirle como la más expresiva y rutilante lápida que rezase su defunción.

ooo

Isla de belleza inmortal, sanatorio de almas laceradas por la impureza de esta edad, Toledo es una cumbre que parece una corona, es un resplandor sobre una colina.

Aunque sus pulseras de granito se quiebren; aunque sus gradas de tierra vayan borrándose bajo el asalto incesante y cruel de los siglos; aunque en sus callejuelas, palacios y mezquitas su gloriosa voz se debilite en un apesadado suspiro, Toledo la goda, la árabe, la castellana, siempre será señora.

En lo alto está como un faro que guía y como un alerta que previene. Nadie la abatirá sino la alevé tenacidad del tiempo. Y aun el tiempo, que no supo marchitar la juventud del río que la cibe, ni del cielo que la cobija ni del sol que la bruñe, no se atreverá á injuriarla si no se disfrazase, alguna vez, de Concejal...

E. RAMÍREZ ANGEL

FOTOGRAFÍA DE SOL

LA ESFERA

# ESPAÑA PINTORESCA



ASTURIAS.—CARRETERA DEL PONTÓN

Fot. Campúa



VISTA DE SEVILLA, TOMADA DESDE LA GIRALDA

Fot. Campúa

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE SAN JUAN DE LOS REYES  
(TOLEDO)

Fot. Bonilla

## MUJERES DE PARÍS



## “SUZANNE”

YA es el día, Susana: mi Susana...  
Es el día, allá en lo alto del cielo, donde  
brilla el sol, y acá en lo profundo de tus  
ojos, donde ríe tu alma...

Hízose la luz en el espacio infinito, por ley  
del Universo y voluntad de Dios... Aquí, en este  
mundo que es «nuestro mundo»,—tan pequeño  
que su órbita es el cerco de tus brazos y tan leve  
que para sustentarle basta un rizo del oro de tus  
cabellos—aquí se hizo la luz cuando los velos  
de tus párpados, sésamos cerrados un instante  
atrás por el brujo sueño, se alzaron y se abrie-  
ron ahora, dóciles á la evocación de un conjuro  
murmurado en silencio, mientras tú dormías,  
por la voz callada, por la voz doliente de mi co-  
razón...

Ya es el día, Susana... Ya es el día... ¡Cuan  
dulce, amorosa y placentera fué la noche!...

París, «la grande fournaise», es vértigo y es  
fiebre... París, es hervidero de una *quebranta*  
y es tromba de un huracán... París nos arrastra  
en la cotidiana jornada, y somos, al correr de  
sus horas, como vilanos en el viento, como ta-  
blas de naufragio sobre el mar...

Pero, al cabo, la noche nos es remanso de  
quietud, puerto de calma... La noche es la in-  
calfable ventura de tu abrazo, Susana: y en noche  
de Mayo tórnase la más dura noche del más  
duro invierno, si la florecen y aroman estas ro-  
sas purpúreas de tus senos: y sobre el ascua  
viva de la noche de estío, pasa en clemencia  
una brisa moza, si se bebe, en la fuente de tus  
labios, este cristal sonoro de tus besos...

Ya es el día, Susana: mi Susana... Ya es el  
día... ¡Cuan bella y cuan breve fué la noche:  
«nuestra noche»...!

Es el día, y es hora de partir, Susana... La  
blanda caricia de tus manos, tendidas en amo-

roso afán sobre mi frente, puede ocultar el es-  
plendor de esta mañana que á despecho de cor-  
tinas, y á nuestro despecho, se entra á raudales  
por el ventanal... Más un espíritu burlón—dia-  
bólico pigmeo—ríe de tu ingénuo ardid, mos-  
trando la hora tardía con sus menudos índices,  
agitas de esa nimia esfera ergastada, cual gema  
preciosa, en el platino de tu brazal... Y á fé mía  
que es donosa ocurrencia, mi amada, esta de  
conservar sobre tu cuerpo desnudo—desnudo  
en inmarcesible pureza de armonía—este sólo y  
raro velo de una joya que mide nuestros instan-  
tes, y que aun siendo rico «dorno», más que tal  
parece argolla de forzados con la que nos  
sujeta y aparta ahora, inexorable, el Tiempo...

Tu voz, divina sinfonía de mis amores: la que  
es máxima esperanza, si en promesa ilusoria:  
la que es máximo dolor, si en desvío desenga-  
ña: la que es tiránica blandura, si en deseo su-  
plica: la que, en fin, es supremo bien, si muere  
en un desmayo, bajo un beso: tu voz, divina sin-  
fonía de mis amores, susurra y me ordena:

—Aguarda un minuto... Sólo un minuto...

Aguarda, más tarde irás...

—¿Un minuto, Susana...?

—Un minuto, mi amado... ¡Sólo un minuto,  
que no es nada...!

Susana, mi Susana, puesto que así lo quieres,  
demostré á nuestro amor este minuto «que no ha  
de ser nada», y que pese á nuestra voluntad pu-  
diera serlo todo...

En un minuto se nace y en un minuto se muer-  
re... Se aprende á odiar en un minuto, y un mi-  
nuto basta para encender amor... Y ¡ay de aquel  
á quien la vida no concede un minuto que por  
sí sólo es cifra y suma, y razón, al fin encontra-  
da, de toda una existencia tejida en perpetua  
sinrazón...!

Ese «minuto-clave», yo le hallé un día en que  
tú me brindaste, vibrando en un mismo y prodi-  
gioso acorde, una lágrima y una sonrisa: con  
la lágrima, había muerto en tí una niña: con la  
sonrisa, había nacido en tí una mujer... Y mis  
labios, sacrílegos y triunfales, ungiéronse con  
la amarga dulzura de tu placer y con la dulce  
amargura de tu dolor: y en aquel minuto, hecho  
de eternidades, yo escuché, de la Esfinge, el  
verbo sobrehumano del Enigma...

Ya se ha roto el encanto, mi amada... Ya es-  
toy lejos, muy lejos de tí, puesto que toda la an-  
chura de nuestra alcoba nos separa...

Te contemplé, y me sonreí, en la clara trans-  
parencia de este espejo: de este espejo que iró-  
nico me muestra, en dos planos que la reflexión  
distancia, tu lozana juventud que empieza y mi  
agostada juventud que acaba... ¡Un minuto, Su-  
sana...! ¡Cuantas veces, en un minuto, se troca-  
ron la suerte de un hombre y el alma de una  
mujer...!

Ríes de mis pavores, y en un salto llegas jun-  
to á mí... Unidos ya nuestros rostros, ante el  
maligno espejo, me dices, enamorada:

—Yo parezco más vieja que mis años: tú pare-  
ces más joven que los tuyos: y nuestras almas  
tienen la misma edad, puesto que al mismo tiem-  
po nacieron al amor...

Cual brisa primaveral, que aventara el último  
rescodo de un fuego de invierno, tu voz—divina  
voz—arrastra hacia el olvido las cenizas de mis  
amores muertos: y melancólicamente las veo  
perdersé, esas cenizas al amparo de las cuales  
prendió, y se hizo durable llama, la centella de  
nuestra pasión...

ANTONIO G. DE LINARES

París, Abril de 1916.

DIBUJO DE RIBAS



## AUTORES CÉLEBRES



## TOMÁS DE IRIARTE

El eclecticismo en literatura revela amplitud de criterio, serenidad de juicio, elevación de miras y, sobre todo, amor á la justicia y severa imparcialidad. Se dice vulgarmente que todo libro malo, por malo que sea, contiene algo bueno. Lo mismo puede decirse de las escuelas literarias; por malas y extravagantes que nos parezcan algunas, todas tienen algo bueno. El talento y la habilidad del escritor ecléctico consisten en tomar de cada escuela lo que le parece bueno y utilizarlo sin escrúpulo y sin prevención en la composición de sus producciones: con ese sistema se han escrito muchas obras maestras. Recuerdo, entre otras que pudiera citar, *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, del inmortal Duque de Rivas, obra romántica por excelencia, en la cual hay cuadros tan realistas como el del aguado, el del mesón, la sopa del convento y la casa de juego...

El eminente literato D. Tomás de Iriarte, que motiva estas líneas, fué todo lo contrario: tuvo el mal gusto de afiliarse á una determinada escuela y, con la intransigencia del sectario fanático, su vida fué una lucha sin tregua, una batalla interminable, en la cual no se limitó á defender sus ideas, sino que atacó rudamente, hasta llegar á la agresión, á los que consideraba como enemigos irreconciliables porque no pensaban como él.

Buena prueba de lo que digo es la campaña que sostuvo contra D. Ramón de la Cruz, llegando hasta el inconcebible extremo de pedir á las autoridades que prohibiesen, por inmorales, los sainetes del popular poeta. Iriarte pertenecía á la escuela galoclásica que acaudillaban D. Nicolás Fernández de Moratín, D. Juan Pablo Fornér, Clavijo y Fajardo y otros, y su inquina contra el famoso sainetero era no solo por cuestión de escuela, sino también y principalmente porque D. Ramón era el poeta de moda, el árbitro y dictador de los teatros, mientras que él, Iriarte, tuvo que imprimir su comedia *Hacer que hacemos*, sin haber podido lograr que se representase. El despecho le lleva á decir que «los aficionados á las obras de un solo autor exclusivamente, apenas saben que se representa alguna de otro que no conocen, cuando *derisuri, non spectaturi sedent*».

D. Ramón de la Cruz no se achicaba ni mucho menos y contestaba á Iriarte desde la escena sacándole en caricatura, poniéndole en ridículo, lo cual ponía furioso al irascible D. Tomás.

La comedia *Hacer que hacemos*, de la cual hoy no se encuentran ejemplares, se imprimió en 1770 con el anagrama de *D. Tirso Imarata*. Por cierto que el implacable crítico D. Juan Pablo Fornér, no obstante comulgar en la misma escuela literaria que Iriarte, publicó una sátira sumamente agresiva contra dicha comedia. Fornér fué siempre irreconciliable enemigo de Iriarte.

D. Tomás de Iriarte era canario: nació el 18 de Septiembre de 1750, en el Puerto de la Cruz de Orotava, isla de Tenerife (Canarias) y vino á Madrid el 1764, es decir, cuando contaba catorce años, después de haber aprendido lengua latina y filosofía en la villa de Orotava, y poco después de haber llegado á la corte comenzó á dar muestras de sus aficiones literarias, publicando sus primeras poesías que, en honor de la verdad, dejaban que desear bastante.

Los galoclásicos tuvieron influencia bastante para lograr que el Conde de Aranda, al llegar al Poder, fundase el teatro de los Sitios Reales (en Aranjuez, San Lorenzo y La Granja) con el solo propósito de ensayar la Reforma propuesta por los literatos de dicha escuela, cuya reforma consistía en no representar más que traducciones de Molière, Racine, Corneille, Voltaire y demás clásicos franceses, desterrando por completo las obras españolas, especialmente las del siglo XVII. Fundaron el teatro de los Sitios Reales, porque sabían de sobra, por experiencia, que el público de Madrid no gustaba del género francés. Para el teatro de los Sitios tradujo don Tomás de Iriarte algunas obras (desde 1769 á 1772), de las cuales no hizo grande aprecio después.

Uno de los trabajos más importantes de este literato fué, indudablemente, su traducción en verso castellano del *Arte Poético* de Horacio en 1777, trabajo que mereció algunos elogios y no pocas censuras; pero Iriarte, que era poco sufrido y un tanto soberbio y vanidoso, se revolvió contra la crítica, discutiendo apasionadamente con sus censores. Con quien más contendió y más agriamente, fué con D. Juan José López de Sedano, «hombre de escasísima cultura, que suplía con una vanidad y una arrogancia casi increíble», no tanto por haber criticado la traducción de Iriarte, como por haber elogiado desmedidamente la versión de Espinél.

En lo que Iriarte mostró mayor empeño fué en ser autor dramático, sin poder conseguirlo á su completa satisfacción... ni á la del público y la crítica. Con su segunda obra original, *El señorito mimado*, tuvo más suerte que con la primera, pues logró estrenarla en el teatro del Príncipe, por la compañía de Manuel Martínez, el 9 de Septiembre de 1788, y aunque el éxito fué bueno, cosa que según algunos críticos se debió á lo excelente de la ejecución, la obra es fría y lánguida, como todas las que por entonces escribieron los galoclásicos. Excusado es decir que Fornér fué el más exigente y severo de todos aquellos críticos.

Poco después de estrenar *El señorito mimado*, escribió é inspiró *La señorita mal criada*, también en tres actos, y con el mismo pensamiento, solo que aplicado al género femenino. Estando escrita esta comedia desde fines de 1788, no se estrenó hasta el 5 de Enero de 1791. Fué estrenada por la compañía de Eusebio Ribera. El éxito no fué satisfactorio; de ello no deja duda el periódico *La Espigadera* al decir que «á pesar de los desvelos de la gente de instrucción, hemos visto con dolor alborotadas las comedias *El hidalgo tramposo* y *La señorita mal criada*, al paso que han logrado aplauso *El buen hijo*, *Aragón restaurado*, *La toma de Milán* y otros monstruos y delirios dictados por la barbarie».

El público prefería los experimentos *animados y bulliciosos* á los engendros soporíferos de los galoclásicos.

Las últimas obras escénicas de Iriarte, *El don de gentes* y *Donde menos se piensa salta la liebre*, se representaron en el teatro casero de la Condesa-Duquesa de Benavente y, como era natural, obtuvieron un gran éxito. Aunque sólo estrenó una comedia con buen éxito, *El señorito*

*to mimado*, puede decirse que Iriarte fué el precursor de Moratín, quien en el prólogo á su Teatro dice, entre otras cosas, que dicha comedia «obtuvo los aplausos del público en atención á su objeto moral, su plan, sus caracteres y la facilidad y pureza de su versificación». Lo que más encantaba á Moratín, imbuido en las teorías de su padre, eran las tres famosas unidades, de acción, de tiempo y de lugar.

La obra más importante de Iriarte y por la única que se le conoce, es su colección de *Fábulas literarias*; pero en ésta, como en casi todo lo que escribió, se advierte su acometividad, su espíritu inquieto y batallador, cualidades que no le dejaron un momento de reposo en su corta y agitada vida.

«Un docto escritor (dice D. Emilio Cotarelo) cree ver en algunos de aquellos apólogos transparentes referencias á D. Vicente García de la Huerta, convertido en pato; indicado Samaniego en otros y metamorfoseado alternativamente en ratón, hurón y condimentador de huevos; que se aparenta dar á las obras de D. Ramón de la Cruz la importancia que á las idas y vueltas de la ardilla; y que aun á su propio amigo, D. Vicente de los Ríos, endereza la fábula del gallo, el cerdo y el cordero.»

La fábula que principia

«Cobardes son y traidores  
ciertos críticos que esperan...»

parece que está también dirigida á un escritor de fuste de aquella época, quizás á D. Juan Pablo Fornér, que fué el más formidable y encarnizado de sus enemigos y que llegó á ser su obsesión; hasta el punto de que, algunas horas antes de expirar, dictó desde el lecho el siguiente soneto:

«Lamiendo reconoce el beneficio  
el can más fiero al hombre que le halaga;  
yo, escritor, me desvelo por quien paga  
ó tarde, ó mal, ó nunca el buen servicio.

La envidia, la calumnia, el artificio,  
cuya influencia vil todo lo estraga,  
con más rabiosos dientes hacen llaga  
en quien abraza el literario oficio.

Así la fuerza corporal padece;  
falta paciencia, el ánimo decae,  
poca es la gloria, mucha la molestia;  
el libro vive y el autor perece.

Y gamar la ciencia tal provecho trae?  
Pues doy gusto á Fornér y hágame *bestia*.»

En ley de verdad, no tenía derecho á quejarse. D. Juan Pablo Fornér hizo con él lo que él antes había hecho con D. Ramón de la Cruz y otros escritores de aquel tiempo, y por algo se ha dicho que «el que siembra vientos recoge tempestades».

Murió D. Tomás de Iriarte en Madrid el 17 de Septiembre de 1791, un día antes de cumplir cuarenta y un años de edad.

Hay quien cree que los ataques de Fornér apresuraron su muerte; no es creíble tratándose de hombre tan batallador.

Lo que me parece fuera de duda es que el malogrado escritor habría hecho obras mejores y brillado mucho más de haber tenido un criterio más amplio que el muy estrecho que le impuso la escuela galoclásica.

FRANCISCO FLORES GARCÍA

ESCRITORAS CONTEMPORÁNEAS

## CONCHA ESPINA DE LA SERNA

Si alguien, ignaro, desconociendo la figura descolante de Concha Espina en la literatura contemporánea, llegara á preguntarme:—¿Y en qué escribe: en verso ó en prosa?— Yo contestaría:

En música...

El estilo de la insigne novelista es tan suyo, tan personal y al mismo tiempo de tal hermosura y excepción, que escapa á toda clasificación y á toda ley, y se eleva á impulsos de sus alas gigantes y por fuero de su peregrina gracia á las altas regiones de lo genial...

Admitidas las clasificaciones, quedome yo (en compañía de las más autorizadas opiniones), con aquel estilo llano y correcto en que la sen-

Desde sus primeras obras, esta forma espléndida y personal acusó en la escritora montañesa un temperamento artístico, una gran artista del decir.

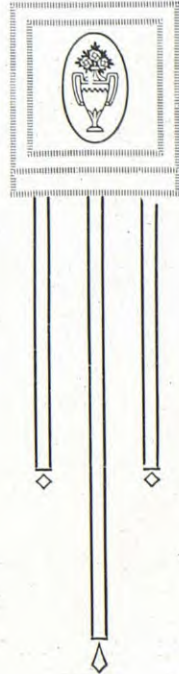
Ya en aquel tomito *Trozos de Vida*, hallaba uno de los deleites al correr de sus páginas delicadas, ingenuas, prometedoras. Vino después *La Niña de Luzmela*, interesante novela, á anunciarnos en la delicadísima prosista, una futura novelista de altura.

Y ya en el camino de la consagración, publicó *Despertar para morir* y *Agua de nieve*, donde unió á la forma, enriquecida cada vez con nuevas hermosuras, un fondo psicológico é inquietante que demostraba en su autora profundos

inicial. Pero contiene páginas de tan grande hermosura, que bien puede este libro figurar, sin el menor desdoro, al lado del otro.

Tal vez hay un momento en que se vislumbra una leve languidez en el desarrollo; pero apenas intenta uno darse cuenta de ello, sube de punto el interés tanto más vivo cuanto más avanzamos por el libro. Y no hay una tregua, un chispazo, un capítulo intermedio meramente episódico que distraiga la atención del lector; la historia sigue, la misma siempre, sin que jamás podamos salir de aquel ambiente inquietante, misterioso, en que viven y se mueven los personajes de *Traspeña*, y que leemos sin fatiga, con deleite.

Esto lo consigue Concha Espina por obra y



cillez corre, luminosa y clara como un manso río, á lo largo de párrafos y páginas, sin estridencias ni raros efectos, á la manera realista y sobria de Galdós, quizás también de la Pardo Bazán... Habría que estar de acuerdo con Menéndez Pelayo, el gigante, cuando dice en el prólogo de «Los Heterodoxos»:—que el mejor estilo consiste en no tener estilo...

Cierto es eso, sin duda, (por encima de opiniones contrarias, respetables, desde luego, y respetadas); alabable, pues, la prosa sencilla y clara y por tanto, mercedora de censuras aquella recargada de giros y matices, como arabesco luminoso é intrincado.

Mas esa, como todas las sentencias, ha de tener tan sólo un alcance general, que falla ante el caso imprevisto... Ni la ley natural es poderosa y absoluta cuando surge el milagro que la niega...

La prosa de Concha Espina es, en todo momento, siempre jamás, música regalada y armoniosa que nos deleita el oído con el melódico fluir de frases y palabras. Es inconfundible. Y la riqueza de su léxico y de sus giros, brota no obstante con espontaneidad y gracia en sargas de versos que no riman. Con frecuencia termina el párrafo con un magnífico endecasílabo, áureo broche con que cierra periodos de un lirismo á la vez elevado y espontáneo.

estudios, vastos conocimientos, una extensa cultura...

La consagración definitiva llegó con la publicación de *La Esfinge Maragata*, libro que valió á Concha Espina el premio «Pastenrath», concedido por la Real Academia, la cual hubo de vencer todo obstáculo de su tradicional criterio ante la labor literaria femenina, para premiar á la autora de *La Esfinge*.

Esperaba yo *La Rosa de los Vientos* con vivas ansias, temiendo que la novela nos defraudara después del éxito de su hermana anterior.

No diré que esta nueva novela sea mejor que aquella de Maragatería. Es *La Esfinge* una obra más premeditada, más «prevista» por su autora, más planeada y precisa, más acabada.

En ella, Concha Espina, en la plenitud de su talento, juntó en idéntica grandeza el portento de la forma con la hondura de la idea; el estilo de su prosa musical con el fondo, perfume y alma de la novela.

En ésta *Rosa de los Vientos*, con un asunto de formidable interés y un fondo pleno de psicológicos experimentos, de hondos conflictos espirituales, con un ambiente que inquieta y emociona desde el principio, quizá no haya la unidad aquella, quizá se complazca la autora en ir enriqueciendo el asunto aquí y allá con mil imprevistos detalles, variando el rumbo de la idea

gracia de su «música». Sí, su música frondosa, llena de armonías y dulces ecos y modulaciones.

Música, ahora suave, melódica y sentida; luego enérgica, vibrante y viril; después serena y radiante; para desbordarse al fin en las páginas culminantes de la tragedia con toda la riqueza y el estrépito del genio wagneriano, en raras sonoridades de una belleza arrolladora.

Otra característica de Concha Espina, es la sobriedad en la descripción, que hace con tan buen tino, que basta un detalle, una frase, una voz, como una pincelada, para que «veamos» lo que quiere pintar.

¿Quién no cree haber visto, haber «andado» por las calles de aquel Valdecruces tan sobriamente pintado? Con no menos sobriedad da la escritora montañesa, en este libro, una sensación plena del paisaje y de la costa de «Traspeña», pintura magistral de lugares y rincones por mí tan bien amados...

No hay por qué citar los capítulos donde triunfa la novelista y la escritora con más soberana gallardía: son todos obra de la misma mano. Pero recordemos la grandeza de «La Galerna» y de «Centellas en la noche» y la filigrana de «El viejo amor», como páginas de selección y de las más hermosas.

José D. DE QUIJANO

FOTOGRAFÍA DE KAULAK



## Los Señoritos "bien."

ESTO de «señorito bien», «gente bien», ha venido, á lo que parece, de la República Argentina, y en poco tiempo se ha hecho popular entre nosotros.

Lo de «bien», por supuesto, es una ironía allí y aquí, ya que suele aplicarse á jóvenes tan elegantes como ociosos que, económicamente, son parásitos, puesto que consumen y no producen; moralmente, un ejemplo pernicioso del triunfo de los holgazanes sobre los trabajadores y socialmente un salto atrás hacia el feudalismo y las castas, porque todos los días, con sus impertinencias, sus escándalos y sus abusos públicos, están faltando á la ley, sin que la ley se atreva á meterlos en cintura.

El verdadero promotor de la nacionalidad argentina, Sarmiento, escribe en su famoso estudio «Facundo» (civilización y barbarie en la Argentina): —«Alzad un poco el frac de un argentino y hallaréis el gaucho.» Algo por el estilo ha dicho nuestro Costa con la frase de que «todo cacique español lleva un inquisidor dentro». Relacionad ambas observaciones y surgirá, como el homúnculo de Fausto, el «señorito bien», impertinente, retador, donjuanesco, presuntuoso, elegante y desconsiderado.

Claro está que si vamos á la elegancia, la de los «señoritos bien» suele ser indiscreta, alborotadora, exhibicionista. Es una lucha diaria entre el sastre y la buena educación. El sastre es correctísimo, impecable, estético. El «señorito bien» tiene modales achulados ó amanerados. ¡Qué triste diferencia en re su elegancia escandalosa, afectada y descompuesta y la elegancia natural, tranquila y correcta de los verdaderos elegantes!

Cuenta el agudo Pablo Emilio Forgues en sus «Originales é ingeniosos espíritus de la Inglaterra contemporánea», al comentar las «Memorias» de Jorge Brummel, que el «rey de los apuestos» era de un egoísmo desatentado y de una vanidad pueril.

—Creemos—añade—que hoy sería imposible la resurrección de uno de estos «reyes». El tiempo de los «Bucks» y de los «Bonitos» no volverá jamás; el título de «dandy» ó de «coquetón» es ridículo en nuestros días.

La joven Inglaterra, atrincherada, por decirlo así en una austera elegancia, desprecia todo lo que signifique rebuscamiento en el vestir; se reiría viendo un nuevo Brummel como se reiría con la aparición de



aquellas corbatas que tanta fama dieron al «último bonito».

El «señorito bien» por fuera aspira á renovar las glorias de Brummel y por dentro las del gaucho Francisco Quiroga ó las del inquisidor Fray Gabriel Lapuente. Su concepto del mundo externo es un pueril concepto de sastrería y joyería. Su concepto del mundo interno es un egoísmo prehistórico más que salvaje. Todas las dignidades humanas—generosidad, amor á los débiles, respeto, cortesía, sensibilidad social y estética—las repudia como debilidades y humillaciones. Y así como rehuye que su «chaquet» impecable se roce con la blusa del albañil y con la americana del empleado, procura que su egoísmo ancestral no se manche de generosidad ni menos de misericordia.

Para ellos la mujer es un dilema sencilísimo; ó heredera rica, en cuyo caso se contratan ellos, ó mujer galante, en cuyo caso la contratan para ellos. No tienen, pues, problemas de amor, sino de finanzas; ó se venden, por recibirlos, ó los transmiten, al comprarlos.

En cuanto á los problemas del pensamiento, sienten, más que desdén, repugnancia por la cultura, que estiman ocupación vil. Van al teatro ó á la conferencia, como van siempre á todas partes; preocupados de despreocupación. Y, fuera del cuplé ó del chiste fácil, que son su elemento, todo lo demás les aburre y hasta les indigna. Arte, ciencia, literatura, problemas sociales, decadencia de su nación, hambre del pueblo donde viven, les son tan indiferentes como un ave que se remonta ó una hoja que se cae.

Viven para sí, únicamente para sí, en una presunción de soberanía tan grotesca que recuerda la de Robinson dictando leyes para solo el negro Domingo, como ellos para el camarero del café ó para el «botones» del Círculo.

Y no son de hoy, sino de todos los tiempos; hermanos de los quírites á quienes Aulo Gelio llama «sanguijuelas» y corifeos de los elegantes contemporáneos de La Bruyere, que los juzga así: «Un hombre aparatoso y ridículo lleva sombrero alto, casaca de alones, zapatos de agujetas y botines; sueña la víspera por dónde y cómo podrá llamar la atención al día siguiente. Un filósofo se deja vestir por el sastre; tiene tanto horror de huir la moda como de entregarse completamente á ella»...

CRISTÓBAL DE CASTRO

DIBUJOS DE RAMÍREZ

ESCENAS CASTELLANAS

## UN DRAMA MANSO

Bien sentadas al amparo  
del zaguán de una alquería,  
hay una mujer muy vieja  
y una moza muy garrida.  
La moza cose un corpiño.  
La vieja pausada hila.  
Ambas á dos son criadas  
del amo de la alquería.  
Caen las sombras sobre el llano...  
Las dos mujeres suspiran...  
La moza de mal de amores  
y la vieja porque mira  
el gran dolor de la moza...

Suenan las claras esquilas  
en la paz de los senderos  
llenos de melancolía...  
Más cerca, los arcaduces  
de una noria que hay vecina.  
Y en las pardas lontananzas  
suenan coplas campesinas...

La moza adora en el hijo  
del amo de la alquería,  
y el tal mozo sólo quiere  
por barragana á la niña.  
Piensa, como á tantas otras,  
muy luego de seducirla  
abandonarla...

Y la moza  
porque lo *sabe* suspira...  
Al cabo de un buen espacio,  
dice así la viejecita:

—Siempre estás triste, moza, siempre sin alegría.  
Dí cuál causa te trujo á tal melancolía.  
Si no te me enojaras, yo bien te la diría,  
que la experiencia es madre de la sabiduría.  
Por ese hombre maldito, tu mocedad lozana  
como flor invernal se amustia y se desgrana;  
el sentido te roba, la voluntad te gana,  
y en él piensas de noche, de tarde y de mañana.  
¡Mal sendero tomaste, bien malo por mi vida!  
Sobre tus pasos vuelve y apréstate á la huída,  
que eres dócil y hermosa, y eres moza garrida  
y gran dolor me diera si te vieses perdida.  
No emplees en quererle tus abriñeros años.  
Barrunta que tal hombre sólo burlas y amaños  
para las mozas guarda, que son recios los daños  
con que ha ultrajado á muchas, no busques desengaños.  
Torna por el sendero, toma el camino á casa,  
arráncate del pecho esa encendida brasa,  
mírate en la desdicha que el sentido traspasa  
de la Celia y la Carmen, y la Oduña y la Blasa...  
A todas afrentadas dejó ese Juan Manuel,  
fué lobo y no palomo, para ninguna fiel,  
ahora ronda ladino de tu panal la miel,  
oye los mis consejos, ¡no esperes nunca en él!  
Cuenta que ha de olvidarte luego de conseguida,  
que aún eres tú muy moza y es muy luenga la vida;  
mal sendero escogistes, apréstate á la huída,  
¡piensa que de otras artes has de verte perdida!...

La moza, sumisa y triste,  
nada responde á la anciana,  
pero piensa que es baldío  
empeño el despartarla  
de aquel dulce pensamiento,  
de aquella dulce esperanza...  
Co' fiésase que del amo  
se siente como embrujada,  
¡le quiere más que á la lumbre  
de los ojos de su cara!  
Por eso de día en día  
su color está más pálido  
y es más grande su tristeza  
y es más terca su desgana...  
Por eso de día en día  
más se siente arder en ansias  
y más y más se le ahondan  
las ojeras azuladas...  
Por eso apenas so irie,  
ni como solía canta,  
ni en la cocina espaciosa  
de ancho hogar y ancha campana  
retoza con los fornidos  
gañanes de la l'ranza...  
En suspirar á escondidas  
todo el día se le pasa  
y en el techo se revuelve  
de la noche á la mañana;  
despierta, porque no puede



echar el su amor del alma,  
y dormida porque apenas  
si sosiega y si descansa  
soñando con sus amores,  
que es sueño que no la falta  
apenas cierra los ojos,  
según está enamorada...

No es la riqueza del amo  
lo que así la sobresa ta,  
¡y ojalá fuera el más pobre  
de toda aquella comarca!  
Es el arte con que sabe  
cortejar á las zagalas,  
es su mucha gallardía,  
es su presencia bizarra,  
es el fuego de sus ojos  
y es la miel de sus palabras...  
¡Ay, quién fuera la dichosa  
que con él fuese casada!  
¡Quién pudiera, por ventura,  
de tal amo ser el ama,  
y perfumase sus ropas  
del domingo con manzanas!  
¡Y mirase por su hacienda  
y ordenase la su casa!...

Ella no, que es poca cosa  
para persona tan alta...

Y porque así lo comprende  
y es su desdicha tan clara,  
suspira tan tristecita  
de la noche á la mañana...  
¡Porque le quiere con todas  
las verdades de su alma!  
¡Le quiere más que á la lumbre  
de los ojos de su cara!

La vieja advierte que torna  
á suspirar la zagala,  
y otra vez, pausadamente,  
deja escuchar su palabra:

—Escapa de esa idea que habrá de ser tu mal,  
mocedad de zagalas, es un claro cristal,  
luego que es enturbiado no vale en el ferial,  
¡no le entregues la rosa mejor de tu rosall!...  
Juan Manue, ha dineros y ha gustos de señor,  
y el refrán ya lo dice que en achaques de amor  
el dinero es del mundo muy gran revolvedor,  
presta con alegrías y cobra con dolor...

La vieja suspira y calla.  
La moza sigue cosiendo.  
Ya no se escuchan esquilas  
ni jigeos zagalescos  
ni arcaduces... ¡Sólo suenan  
los suspiros en el viento!

Las tintas crepusculares  
tiemblan en el gran silencio  
roto, á las veces, por una  
grave tonada á lo lejos...  
La noche, pausadamente,  
se acuesta en el llano inmenso  
y ya la luna se espeja  
en el cristal claro y quieto  
del río... tiemblan los álamos  
frondosos y ribereños...  
La moza mira al celeste  
y la extasia un lucero  
como su sueño lejano  
y hermoso como su sueño...  
Da suelta al llanto escondido  
hasta entonces bien adentro  
de su corazón... Y tiembla  
tal que si tuviese miedo...

Calla la vieja... Ella sabe  
que si amor entra en el pecho  
se lleva más de esperanzas  
que de experiencia y consejo.  
Suenan en la calma nocturna  
el blando y triste lamento  
de la moza... Cristalinas  
van sus lágrimas saliendo  
como dos hilos de perlas  
desgranándose en silencio...

Se oyen los cascos de un potro  
que viene por el sendero.  
Es Juan Mannel...

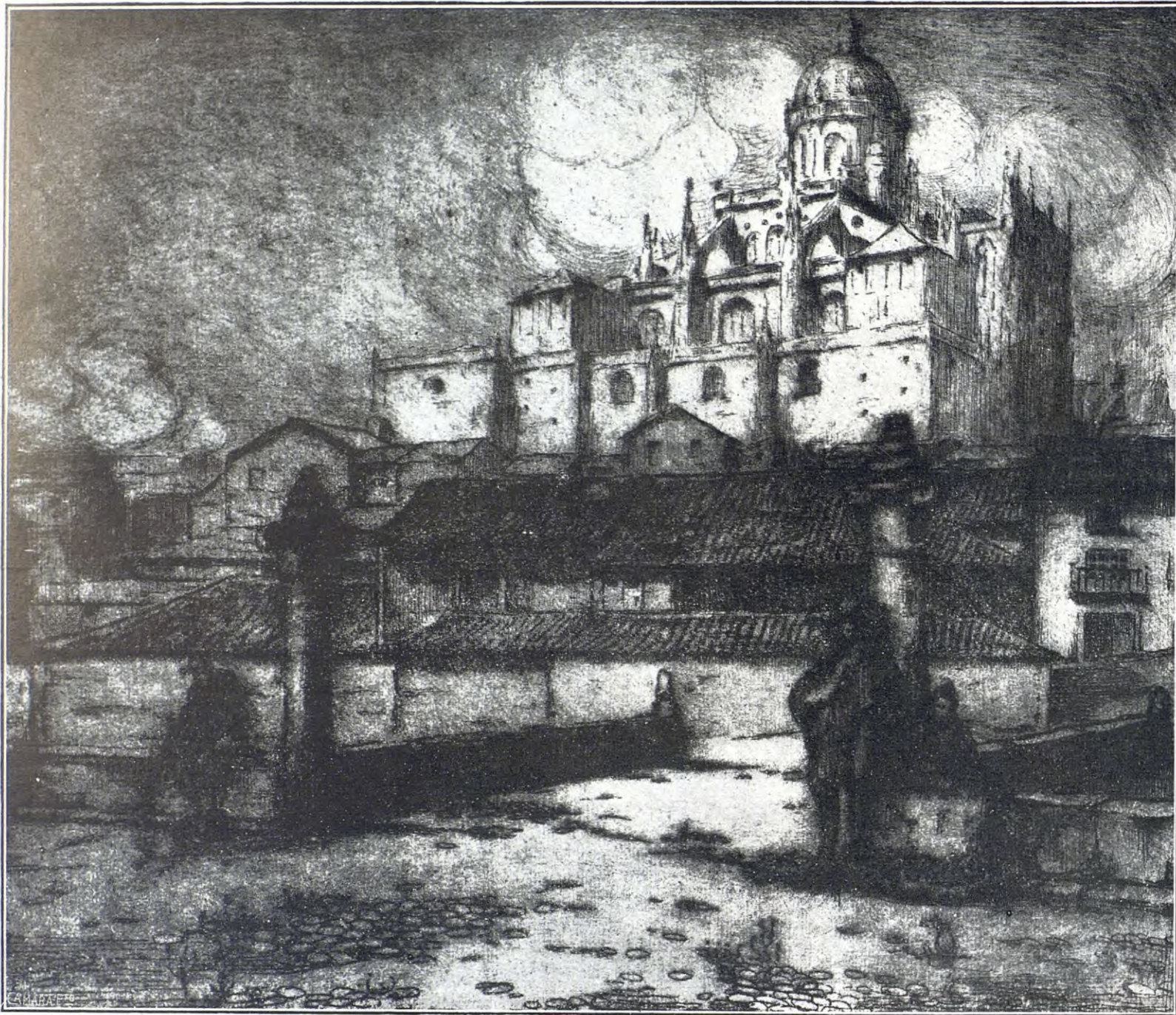
La zagala  
se lleva la mano al pecho  
porque el corazón le brinca  
como un pájaro en el cepo...

¡Quién sabe si entrelazados  
les mirará desde el cielo  
acaso esta misma noche  
aquel lejano lucero!...  
¡Y qué pena que á esta moza  
le haya de pasar el pecho,  
—rosal rústico y fragante,  
florecido y tempranero—,  
el dolor del desengaño  
como un ventarrón de invierno  
que destroce las primeras  
rosas de sus pensamientos,  
las que apuntaron lozanas,  
alma y corazón adentro,  
en noches de aéreas quimeras  
y de enamorados sueños!...

ALBERTO VALERO MARTÍN  
Sa'amarca.  
DIBUJO DE CEREZO VALLEJO

ARTISTAS  
: JÓVENES:

JOSÉ LOYGORRI



"Salamanca", agua fuerte original de José Loygorri

Es un mozo alto, delgado, pálido, con las negras pupilas escondidas y fulgurantes entre el oscuro livor de las ojeras. Aún resalta más la palidez del rostro por el pelo negro y brillante. Tiene unas pulidas y cuidadas manos de dedos largos, puntiagudos. Todo en él da la sensación de un descendiente de razas depuradas. Es un representante de sutiles y elegantes decadencias de otro tiempo. Aun antes de ver su obra, basta hablar con este mozo de los ademanes fatigados, del espíritu divinamente envenenado de la civilización, de la voz aguda, un poco desagradable al principio; pero que, conforme se amolda á nuestro oído, se comprende que sonaría bien en un escenario declamando versos...

Hijo de su siglo y hermano de su arte, tan refinado, tan impregnado de cerebral sensualismo, José Loygorri añora otros siglos. La Italia pomposa y perversa con sus fiestas resucitadoras del paganismo, con sus cortesanas sabias en libros y en voluptuosidad, con sus expediciones á lejanas tierras... Siente la nostalgia de joyeles, y encajes y terciopelos á los que han sustituidos los *jaquettes* y los relojes de pulsera.

Y, sin embargo, no todo es decadencia y languidez en este mozo que las gentiles damitas cercan sonrientes y parlanchinas cuando él las enseña sus acuarelas de mujeres artificiales. En Loygorri, hay hondo, recio, inquebrantable, el amor á Castilla. Por sus tierras de Valladolid irá en las tardes soleadas del invierno á lo largo de los caminos, como un hidalgo que distrae sus



JOSÉ LOYGORRI

ocios. Y también cuando los otoños espléndidos, armado de su escopeta yanki y de sus galgos flacos, saldrá de caza.

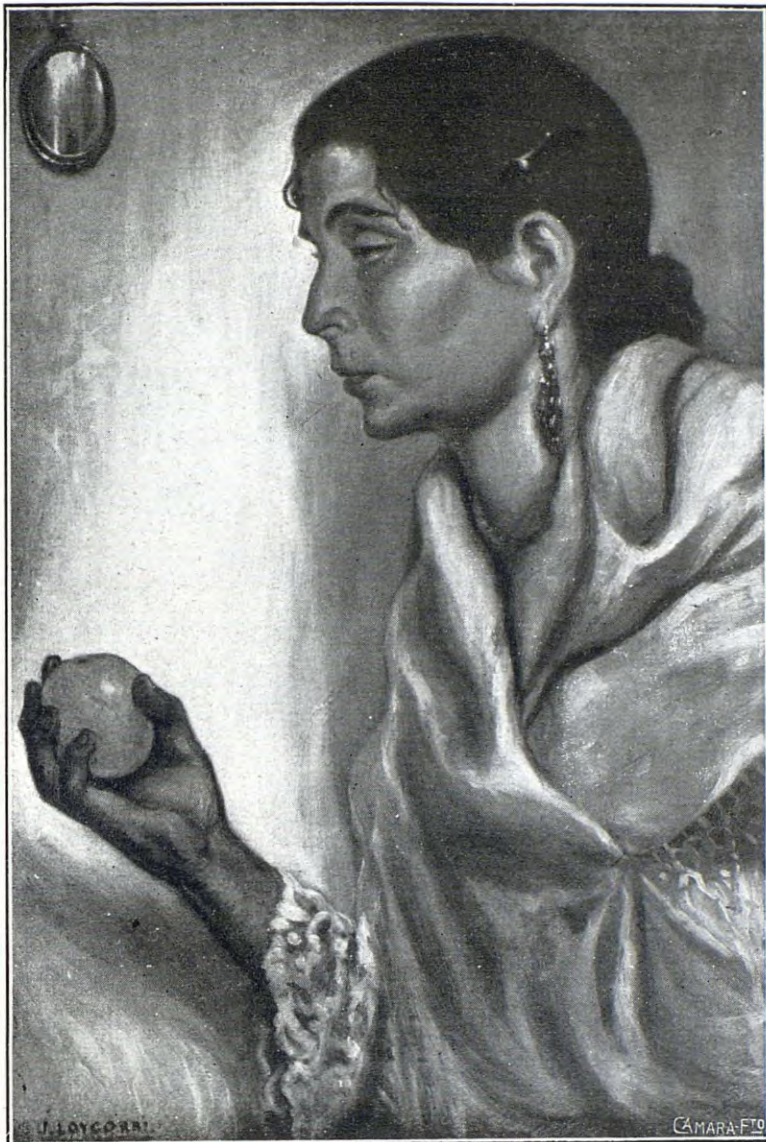
Todo esto se refleja, naturalmente, en su obra que se compone de muy distintos, y bien claramente definidos, aspectos.

ooo

José Loygorri nació en Valladolid. Sus padres eran ricos y esto permitió al futuro pintor y al hermano realizar cumplidamente sus ensueños. El hermano estaba enamorado de las rutas del cielo, como José había de amar las líneas y los colores de los seres y de las cosas terrenas. Pudo aquél lanzarse á los aires, sobre su aeroplano (el clavileño de los modernos soñadores); pudo también el pintor correr mundo y saciar la sed contemplativa de las bellezas contemporáneas y de las otras pretéritas que permanecen perdurables y sonrientes en los salones de las Pinacotecas.

Preguntado por sus maestros, Loygorri sonríe. No ha tenido ninguno. No le hizo falta para mezclar los colores, para trasladar al lienzo ó al papel lo que veía. Así su pintura tuvo y conserva aún esa simpática gracia ingénuo y espontánea en la que hasta los defectos se disculpan.

Primero pintó los tipos cenceños de Castilla con sus carnes pardas, sus trajes pardos y sus pardos paisajes. De cuando en cuando detonaba un refajo amarillo, verde ó rojo; alguna vez el cielo se sonreía con finas opalescencias, ó sobre el rostro terroso de



"Gitana"



"La madre"

Cuadros al óleo de Loygorri

una mocita los ojos inesperadamente azules tenían una mortecina suavidad de záfiro. Después el joven pintor marchó a París y el alma de París le envolvió como el amor vicioso de una coña. ¡Quedaba muy lejos el arte austero, las visiones serenas de los campos españoles y la reciedumbre áspera de los españoles tipos!

Primero las acuarelas galantes de parisinas siluetas de mujer con los rostros artificialmente

embellecidos, con las modas de hoy que recuerdan orientales voluptuosidades ó románticas estampas de otro tiempo, con los hombros y los deseos desnudos...

Luego los lienzos de tipos castellanos. Otra vez. En un retorno que, además de los aspectos eternos, vuelve á encontrar los íntimos y psicológicos de la raza. Y ahora más afirmativos estos lienzos que aquellos otros del mis-

mo ambiente, anteriores á su viaje de París.

Y y por último las aguas fuertes, que tal vez sea lo más fundamental de su arte, allí donde encontramos fundidas el viril sentido de la belleza que le inculcó la tierra donde ha nacido y esa otra delicadeza decadente de sus años en París y de su amor á las mujercitas frágiles...

SILVIO LAGO



"Tipos castellanos", cuadros de José Loygorri

# EL DOLOROSO PLACER



TAN perezoso era nuestro camarada Pepe Sojart, que una vez llamó *profesor de energía* á uno de nosotros porque no pudiendo soportar la cachaza del camarero del *restaurant*, se levantó de la mesa y fué á la de servicio á coger por su mano un salero. Todas las tardes formábamos tertulia en un saloncito del Casino. Pepe llegaba medio dormido aun y tornaba á amodorrarse en un diván. Nada le inquietaba, y era de aquellos que si alguien les proporciona ocasión de mejorar de fortuna, buscan enseguida el medio de que fracase la amistosa solicitud, asustados de las nuevas obligaciones. Solo quería que le dejaran tranquilo en su *far niente*. Completábase la innata disposición para la vagancia, con un sutilísimo talento crítico, y con su ironía sarcástica en fuerza de escéptica, por donde llegaba á la conclusión de que no valía la pena intentar el triunfo en obra alguna.

—¿Por qué no escribes un libro?—le insinuábamos sus familiares.  
—Ya está escrito el *Quijote*—respondió Pepe Sojart, y se recostó en la blandura del peluche, como un dios en las nubes de una apoteosis.

Por eso nos extrañó hasta maravillarnos, verle la tarde aquella todo alterado y que pidiese un stilógrafo y llenara un pliego de cartas con las mismas *cólera* y *saña* del famoso moro Tarfe. Luego entregó el que suponíamos cartel de desafío, al más autorizado de los contertulios. Mientras éste leía, Pepe Sojart se frotaba las manos y asomó á sus ojos una llamarada cruel. Semejaba un verdugo satisfecho de su misión. Y acaeció que el lector, sin previa consulta, rompiese el papel en mil pedacitos.

zoz. Quedó paralizado Sojart, pero sus pupilas cambiaron la crueldad por una ilusionada lucecía... Nos susurramos de unos á otros:

—Cuestión de faldas.

En efecto; forzosamente sonó la hora de las confidencias y logramos enterarnos de que Pepe amaba con la ternura escondida bajo sus sarcasmos, á una muchachuela que el apasionado describió con palabras que eran ecos de la dantesca *Vita Nuova*. Elena, así se llamaba la otra *Beatrice*, unía á una equívoca belleza de favorito de un emperador romano, los sentimentalismos de la inquietud y las alegrías de la ingenuidad. ¡Oh, el delicioso animalito de color de rosa que tenía por alma una estrella! Correspondió Elena á Pepe y el idilio llevaba ya dos años de existencia, bien que en el mayor de los secretos. Ahora se encontraba Elena en una provincia, con los suyos, y parece ser que el epistolario comenzado con alaridos de viudez prematura, iba languideciendo poco á poco, y después no todos los correos traían el deseado sobre y los enloquecedores apelativos se substituyeron con las acostumbradas fórmulas casi inexpressivas. Pepe Sojart, por primera vez desesperado en su vida, sintió dolor en sus entrañas, y no habituado á las quejas, extremó las clamorosas voces en la acusación. La carta que rompió uno de nosotros, no contenía sino insultos mezclados á bajas demandas de una limosna de amor. La peor de las tácticas. Nuestro corro se transformó en conclave de sesudos varones y se dispuso á deliberar. Oigamos al acusado:

—Confieso que amo con toda mi alma á Elena... No creo que Elena ya no me quiera como antes... En el fondo, esto no es más que una cuestión de puntillo, de vanidad... A ver quien cede...



Uno de los jueces intervino, sin compasión:

—Tú te resistes á aceptar la verdad, pensemos que no por cobardía, sino por pereza, tu pereza... ¿Es el de ahora el primer disgusto? No, seguramente... ¿Por qué hasta hoy no te sublevó una palabra fría de Elena? En lo íntimo, una voccecilla te susurró que tu idilio se muere...

Al oír en boca de un amigo sus pensamientos más ocultos, Pepe Sojart se ruborizó, y ya nos consideramos todos con derecho á proponerle una solución.

—Mala cosa que principie á bostezar Elena... No tengo fe ninguna en las curas de amor y la más avisada terapéutica solo consigue prolongar una agonía terrible, con engaños, desdenes, el odio... Yo voto por que se extienda el puente de plata al enemigo...

—Su intención es clara... Te busca las vueltas, para que tú te exaltes, llegues á la grosería y la violencia y se imponga la ruptura...

—Y ella elige el papel de víctima.

—Por eso yo, desde luego renunciando á *las medias suelas*, buscaría el medio de vengarme... del siguiente modo... Contestaría á sus cartas, en broma, cariñosamente, y sin darme por enterado de sus propósitos... Claro que al final, ella se saldrá con la suya... ¿Y no vale nada escamotearle su comedia tan bien preparada, y los berrenchines que van á producirle tu cachaza, tu sangre gorda?

—Sís injustos... Elena no tiene culpa de haber perdido su amor por Sojart. No hay más que rendirse ante la fatalidad y agradecer á los dioses las pasadas voluptuosidades...

—Y aún te resta, pobre Pepe, un último remedio... Que estés convencido de cuanto han dicho éstos, y que sin embargo, no quieras separarte de Elena, y entonces hallarás un enorme y doloroso placer en tu cobardía, en sentirte esclavo y hasta degradado por no poder vivir sin los besos de Elena.

Así aconsejábamos nosotros al infeliz, que á cada parrafada nuestra empa'idecía de más en más. Por último, á despecho suyo, se le escapó la protesta:

—¿Cómo voy á dominar si soy el dominado?... Dichosos vosotros que podéis alardear de independencia...

Callamos de repente, impuesto el mutismo por la instantánea aparición en el recuerdo del *caso* nuestro, del problema propio. Ya nadie se atrevía á continuar predicando en *sprit fort*. Se notaba la presencia en el aire de cinco adorables testas femeninas, sonriendo con un gracioso mohín de nuestra perplejidad. Eran como un racimo de esos globos de gas para los chicos, y diríase que temíamos romper el hilo y que las lindas cabecitas, os globos se marchasen hacia las nubes... En medio de la silenciosa quietud se oyó la stilográfica de Sojart, el cual se decidió valientemente, heroicamente, por declararse cobarde...

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

LA ESFERA

# ARTE CONTEMPORÁNEO



TIPOS MURCIANOS: "LA MADRE", dibujo de I. Medina Vera





Una revista en una aldea del frente francés, destruida por la Artillería alemana

FOT. HUGELMANN

## ECOS DE LA GUERRA

# LA ALDEA EN RUINAS

Es junto á Verdun, dentro de su potente campo atrincherado. ¿Malancourt? ¿Hadicourt? ¿Vaux? ¿Quién sabe? Es un pueblo en ruinas, un pueblo sin vida, una víctima más de la implacable fiereza de los combatientes.

Nada hacía esperar el brusco ataque. La actividad de la pelea estaba allí lejos, muy lejos, sobre las cumbres nevadas de las montañas balcánicas, donde dos pueblos habían perdido en sangrienta porfía su independencia secular.

En Occidente la lucha era metódica, parsimoniosa, lenta, siempre igual: duelos de artillería, guerra de minas socavando el suelo, haciendo explotar los hornillos de carga y peleando después en lucha porfiada por posesionarse del embudo que en el terreno abriera la explosión; guerra de topos bajo la tierra, en galerías que buscaban en zig-zás las del enemigo; guerra de ametralladoras, de bombas de mano, de granadas arrojadas, de torpedos aéreos... Y de repente el 21 de febrero los germanos se salieron de sus trincheras en la región de Verdun y en formidable ataque inexperado, hicieron retroceder á los franceses ganándose buena porción de terreno. Avisados los franceses de la tentativa germana acumularon en aquel sector lo más florido de sus reservas y palmo á palmo defendieron, desde entonces, pueblos, posiciones y fuertes, contra la agresividad teutona.

Verdun es importante, estratégica y geográficamente. Estratégicamente, porque el frente francés constituye un saliente que podía utilizarse como punto de partida de una ofensiva contra la vecina región de Metz, ofensiva que hubiera bastado por sí para hacer retroceder la línea germa-

na en Francia, y geográficamente porque entre Dun y Conmercy, es la población más importante de la línea del Mosa.

Entre el Woevre, comarca rica pero de suelo arcilloso que dificulta las comunicaciones en la época de lluvias, y el Mosa, hay una serie de alturas escarpadas que tienen fácil declive en la ruta de Alemania, razón por la que á ésta interesa poseerlas y sólo puede lograrlas poseyendo Verdun.

A ello tiende por ahora sus esfuerzos como luego, si realizase su tenaz objetivo, tendería á tomar de revés el curso del Mosa, aguas arriba de la plaza, aislando la de Toul y alcanzando el valle del Ornain y por tanto de nuevo el del Marne, del que aquél es tributario.

La lucha prosigue tenaz y sangrienta con lentitud perenne, sin que sea dable anunciar éxitos ni fracasos, porque para unos y para otros, queda todavía aquí y fuera de aquí, mucho camino por andar.

En la orilla izquierda es mayor el interés estratégico, ya que allí están las comunicaciones que alimentan Verdun, y que, caso de caer en poder del enemigo, encerrarían, como en una ratonera, á los cientos de miles de defensores. Un nuevo Sedán que no es de presumir de la pericia del alto mando francés, que hallaría á toda costa medio de evitar este tremendo desastre.

En la orilla derecha el objetivo inmediato es la posesión de Verdun, en sí más de carácter moral que de importancia material, ya que ésta para los asaltantes estriba en la posesión de todos los puentes del Mosa.

En esta orilla derecha es donde el continuado bombardeo ha hecho sufrir más á los pueblos, como ha hecho sufrir á Verdun, tomado desde el principio bajo el certero fuego de las baterías germanas de grueso calibre.

Los habitantes de las aldeas han tenido que abandonarlas, en éxodo lastimoso, dejando en aquellos montones de ruinas humeantes, todo un caudal de recuerdos y esperanzas.

Bélgica primero, Reims, Soissons, Dunquerque y multitud de pueblos del Norte francés, antes, como hoy los ribereños del Mosa, sienten tronar el cañón, y ven derruidos sus muros, abatidas sus casas, incendiadas sus iglesias, y donde antes hubo una piña de edificios modestos, hay ahora un informe montón de escombros, ruinas, desolación, soledad, muerte, que esa es la guerra.

Ellos, los invasores, tuvieron la calculada previsión de librar de esta afrenta y esta angustia á sus pueblos y supieron llevar la morifera pelea más allá de sus fronteras, lejos del Rhin, lejos de los territorios de los Estados de la Confederación.

Y hasta que la paz no brille con sus luminarias de júbilo, la aldea perdida no elevará de nuevo sus derruidos edificios para vivir tranquila una dulce vida de sosiego, recordando que un día el continuo disparar de unos cañones emplazados á dos leguas del pueblo no dejaron, en unas horas, piedra sobre piedra.

¡Imprecaderos recuerdos de dolor!

CAPITÁN FONTIBRE

# LA MODA FEMENINA

**S**ALUD, lectoras! La primavera ríe y los árboles visten la galanía de sus verdes. Los almendros florecen; las lilas abren sus capullos al calor de los rayos solares; las acacias rinden á la caricia luminosa la delicadeza de sus perfumes; las alondras cantan lindas trovas de amor y los ruiseñores sentidas canciones de melancolía. Todo renace, todo triunfa. En las venas tiene la sangre ímpetus jóvenes, grato calor de una vida nueva, y la luz brillante, y la brisa juguetona y alegre, y el rumor del agua que parece murmurio de íntimas confidencias, palpitaciones de los pe-

chos identificados en el común anhelo del cariño, y el pájaro que salta y la boca que dibuja una sonrisa triunfal, componen la mágica sinfonía que canta al placer de vivir.

Esta renovación de valores ha alcanzado á la moda también de una manera que nosotras debemos lamentar. Porque no son renovaciones, sino innovaciones, lo que en materia de modas debe exigir el gusto más elemental.

Fué, es y será la sencillez madre de la distinción y garantía de la elegancia. A conquistarla llegamos después de sufrir no pocas transformaciones en nuestra indumentaria, que á veces eran aciertos discutibles y á veces errores imperdonables. Recordad si no los trajes de cogidos, los horrorosos polisones y los volantes, que quitaban toda idea de forma ó la exageraban en proporciones caricaturescas.



Pues á los grandes volantones, á los bullonados y á los absurdos arabescos de sutaches, abultados y deformes, volveremos, si Dios no lo remedia.

Con estas intenciones se inicia el adorno en los trajes primaverales, que más que ninguno debieran ser sutiles, vaporosos y libres de toda clase de sobrepuestos, que quitan gracia y espiritualidad á la figura.

Y malo es que empiece á manifestarse una tendencia, porque es seguro que llega á su total desarrollo, á menos que una franca hostilidad advierta á los ideadores del nuevo modelo que no estamos dispuestas á sancionarlo. Pero esto ocurre pocas veces, raras veces, me atrevería á decir que nunca, por nuestra iniciativa.

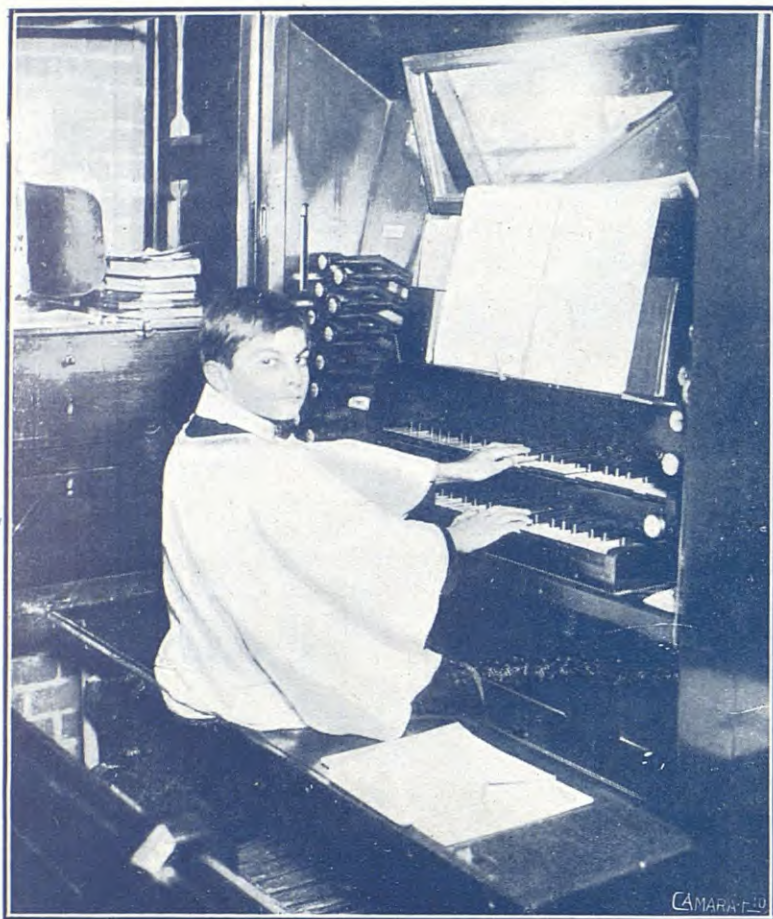
La curiosidad es como un pajarillo loco que viviera dentro de nuestra alma y su inquietud nerviosa se refleja en nuestro deseo, siempre creciente por lo nuevo y amigo de lo extraordinario.

No otra es la razón que justifica la existencia de algunas modas. Afortunadamente, el buen gusto se impone siempre que satisfecho el interés producido por la novedad pérfidamente servida en evoluciones lentas, en esbozos y anticipos que dejan libertad á la fantasía para fraguar á su modo la tendencia reformadora, vuelve á restablecerse el perturbado equilibrio negándole á la extravagancia y al desatino toda hospitalidad.

Esperaremos, pues, resignadas, el regreso que van á imponer á la forma de nuestros trajes, dándoles estilos que ya se desecharon por inconvenientes.

Menos mal que las faldas cortas, vencidas, tienden á desaparecer. Su fracaso se proclama en el decretado alargamiento hasta el tobillo. ¡Oh, poder de la armonía, de la proporción, de las pantorrillas deformes y los piecitos irregulares! ¿Recuerdan ustedes cuántas y cuántas veces he señalado las dificultades de la falda corta en estas mismas columnas?—ROSALINDA

# DE NORTE A SUR



Ricardo Hunt, el organista más joven del mundo, tocando en una iglesia de Guilford



Bayardo, "el caballero sin miedo y sin tacha", jugando al billar en una fiesta benéfica de Londres

## Bayardo juega al billar

Ha sido en una fiesta para divertir heridos y convalecientes ingleses. Se ha celebrado una partida de billar entre el famoso campeón Stevenson y... «el caballero sin miedo y sin tacha.»

Stevenson jugó con guantes de boxeador. Dentro de la armadura estaba el contemporáneo Jimmy que jugó, como en las caricaturas de su compatriota Robinson, al foot-ball con las granadas alemanas, hasta que una de ellas explotó demasiado cerca de sus pies.

Extraña y paradójica la idea de recordar las plataformas de boxeo y los libros caballerescos ante una mesa de billar.

El billar sugiere siempre ideas plácidas y pacíficas: los viejos casinos de provincias; las tardes en una casa patricia después de la comida. También sitios de bullanga y ruidoso regocijo: los cafés próximos a Universidades y Academias donde acuden estudiantes a dejarse el importe de los libros de texto; las casas de juego en que las señoritas del «coin» atraen los incautos con sus palmitos gentiles para que el tahur, dueño del garito, aumente sus sortijones y suba la tarifa de sus habanos habituales.

Pero precisamente el «humour» inglés surge de los contrasentidos y se complace en trastocar los términos. ¿Acaso no es una grotesca ironía, ahora que toda Europa se consume en el propio fuego de sus ambiciones, avivado por el aire huracanado de sus odios, poner frente a frente de un boxeador de hoy a un guerrero del siglo xv? Pero no se trata de un «cah-as-cah-can» como hacían esperar los guantes del primero, ni de un torneo cual prometía la férrea armadura del segundo. Stevenson, se limitaba a coger, enguantado, el taco; Jimmy «picaba» las bolas con su espada.

He aquí una hazaña que no presintió Jacques de Maille, el biógrafo de Pierre du Terrail, en *La tres joyeuse plaisante et recreative histoire composée, par le Loyal Serviteur des faiz, gestes, triumphes et prouesses du bon chevalier sans peur et sans reproche, le gentil seigneur de Bayart, dont humaines louenges sont espandue par toute la chrestiente de plusieurs autres bons vaillants et vertueux capitaines qui ont esté de son temps. Ensemble les que-*

*rres, batailles, recontres at assauts qui de son vivant sont survenues tan en France, Espagne que Italie...*

Y, sin embargo, fué más allá la imaginación del buen «tabeillon» ó notario, que había de firmar con la misma mano la obra apologética del padre y el contrato de boda de la hija, al casarse Juana del Terrail con el noble italiano Barba de Tresca.

Porque en la historia de Bayardo, «*le bon chevalier sans peur et sans reproche*», va suelta la fantasía, como en otros libros de caballerescas hazañas. Respondía esta vida de un hombre que existió a las otras imaginarias de fantásticos personajes que Cervantes había de atacar de tan donosa y humana manera en su *Don Quijote*.

El público inglés del festival quizás no sintiera—viendo al gentil «seigneur de Bayart» procurando con su espada el choque de dos bolas blancas y una roja sobre el paño verde—la íntima melancolía que sentirá, por ejemplo, un corazón francés al ver la fotografía de este episodio, que no pudo adivinar Jacobo de Maille.

Ni tampoco pensaría Jimmy que dentro de esta armadura, que por inocente burla vestía, se esconde el fatal ananké de los Bayardos.

Todos ellos murieron en los campos de batalla: Humberto en la de Varey el año 1526; Felipe en la de Poitiers (1556); Pedro en la de Azincourt (1415); Juan en la de Verneuil (1424); otro Pedro en Montlhery (1465)...

Nombres hay con los cuales es peligroso jugar, aunque sea en un juego tan burguesamente pacífico como éste, favorito de estudiantes y burócratas provincianos. Porque si un tiro de arcabuz arrebató la vida a Pedro del Terrail en el combate de Biagrasa, el 15 de Abril de 1524, bien puede quedar asfixiado por deletéreos gases este simpático soldado inglés que durante una tarde evocó el recuerdo del guerrero valeroso é intachable...

## El niño organista

Ricardo Hunt es el organista más joven del mundo. Tiene nueve años y toca en una iglesia de Guilford.

Enternecerá la noticia a las mujeres y se dirán unas a otras: «¡Mira, mujer, qué rico!» «¡Y qué

cara de formalito tiene!» Los hombres sonreirán indiferentes, y los niños sentirán esa inquietud emuladora que los enseria cuando presencian un ajeno triunfo infantil.

A nosotros nos ha entristecido. Acuden a nuestra memoria viejos cuentos, neblinosos ya de olvido, en que intervenían organistas pueblerinos.

Estos organistas de aldea que nos presentan las ficciones literarias, como un espejo de la realidad, son siempre viejecitos, de cabellos blancos y con la nieve de muchos años en el corazón...

También los cuadros románticos de los pintores alemanes de mediados del siglo xix, ponían ante los ojos las encantadoras siluetas del viejo encorvado, de manos sarmentosas y con los mechones blancos escapándose del negro gorro de punto.

En los cuentos ya la ajena fábula literaria ponía nombres y episodios a la emoción; en los cuadros nos complacíamos en darle una historia sentimental a los modelos.

Estos viejecitos estaban ya al otro lado de las quimeras y de las ambiciones. Se refugiaban en la música como por las noches en el lecho, para que el alma no tuviera el frío de su soledad y abandono. Amaban los maestros clásicos por cómo son graves, profundos y serenos. Incluso componían piezas religiosas que les hacían llorar y que se extendían por la única nave del aldeanigo templo, como el perfume de los incensarios...

Se refugiaban en Dios y en la música después de haber creído en todas las vanas mentiras humanas, del amor, de la amistad, de la gloria... Y, lentamente, esperaban la muerte, sin prisas y sin temores.

Pero este «Leslie Mozart», lejos de causar una emoción sentimental, nos entristece como todo «niño prodigio» condenado de antemano a ser admirado y conocido... y explotado.

Porque prematuramente se le negarán todos aquellos deliciosos engaños del amor y de las aventuras voluntarias para dar a su vida el único norte de la gloria...

Precisamente lo único que no merece sacrificio alguno.

José FRANCÉS